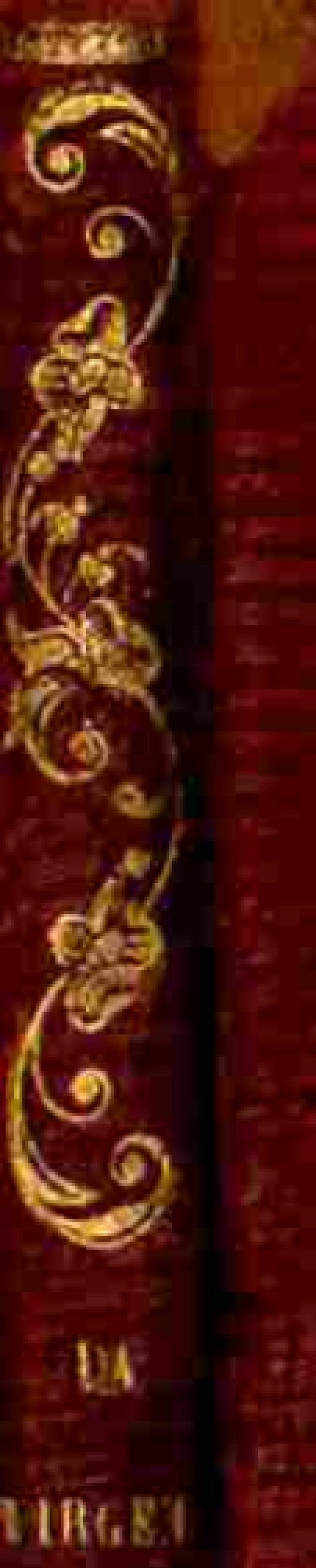


CIO



IA

WINGEN

DE

ADAL

660

68

60



BT 660

.G8

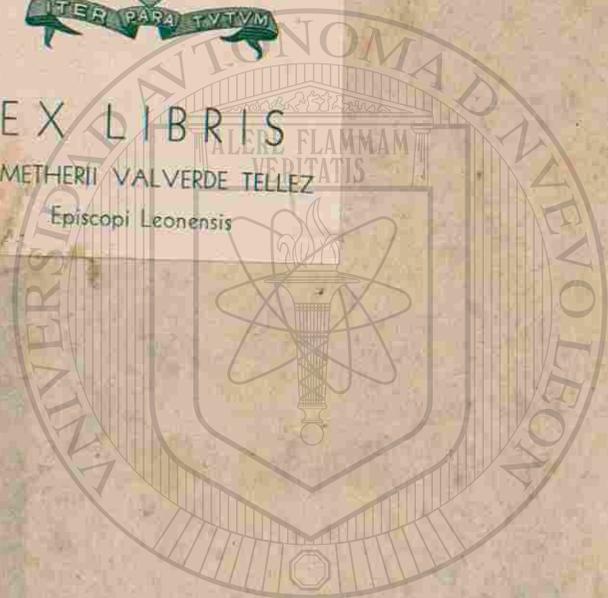
B4



1080014954

33

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

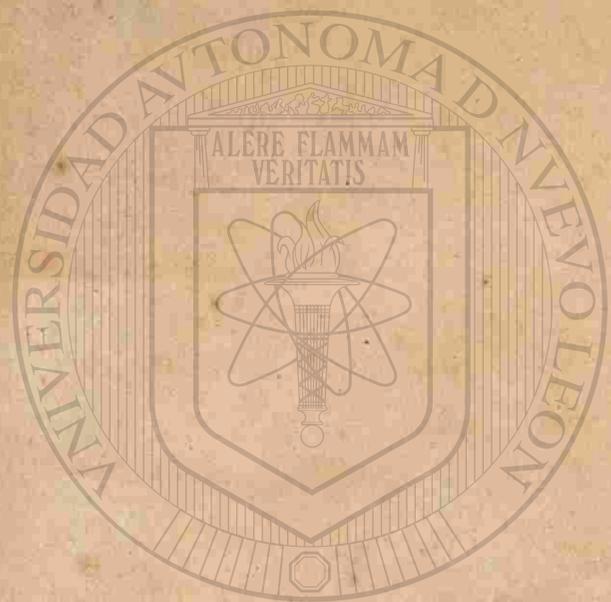


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA VIRGEN DE GUADALUPE,

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LA VIRGEN

DE

**GUADALUPE.**

POEMA

POB

Don Federico Bello.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez  
MEXICO.

Capilla Al. Casina  
Biblioteca Universitaria

Imprenta del Correo de España, á cargo de Angel Vazquez,  
Calle Nueva número 5.

1855.

42309

BT 660

98

34



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Esta obra es propiedad de la empresa del CORREO DE  
ESPAÑA.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

80000

## PRÓLOGO.

HAY en todas las misteriosas tradiciones de la religion que profesamos un no sé qué de grande, de tierno, de halagador, que, aun bajo el punto de vista de la poesía, nos la hace preferir á los cuentos místicos de la antigüedad griega y romana, corrompida y sensual, á las alegóricas revelaciones de la mitología egipcia, á las leyendas indostánicas, partos de unas imaginaciones empapadas en el sentimiento de lo espiritual y de lo infinito, y á las narraciones del Edda, vagas y sombrías como los vapores del país en que se concibieron. Nuestra religion tiene la Trinidad para infundir pavor á la inteligencia; la cruz del Gólgota para conducirnos

005168

á los extremos límites de la caridad; la Eucaristía para hermanarnos con Dios haciéndole cosa nuestra, así como nosotros somos cosa suya; la Virgen María para hacernos sentir y espresar los mas suaves afectos de pureza y amor. La poesía cristiana, sublime y concisa en el Padre Nuestro, dilatada y magnífica en la Mesíada, tierna y razonadora en las epístolas de San Pablo, majestuosa y simbólica en el Apocalipsis, es bajo todas sus formas la voz de nuestros buenos instintos y el canto interior de las almas piadosas y sencillas.

La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe en las cercanías de esta ciudad de México es uno de los asuntos que mas escitan el entusiasmo y que mas despiertan la inspiracion. El culto de la milagrosa imagen estampada en el tosco ayate de Juan Diego ha sido desde entonces uno de los puntos característicos del genio nacional, una de las fases bajo las cuales debe ser estudiada la historia mexicana. Voy á emprender sobre esta materia un trabajo poético, si

bien grosero y desaliñado, piadoso y agradable á mi corazon. Otros me han precedido en este camino; otros me seguirán sin que tarde mucho; pero ¿mengua por ventura el buen efecto de un coro porque se introduzca en él una voz mas? No ciertamente, y la materia que tóco, por la sublimidad que la enaltece, la fé que la acompaña y la caridad que la hermosea, bien merece que se acuerden para tratarla, no voces de hombres, sino voces de querubines. Que la perfeccion del trabajo no corresponderá á mis esfuerzos, es cosa que conozco y deploro; pero mi pretension al emprender este canto no ha sido granjearme gloria, sino escitar la piedad de los creyentes y desahogar en incorrectas rimas el fervor de mi espíritu.



## INTRODUCCION.

### EL NOMBRE DE MARÍA.

Hay un nombre suave como gota  
De avara lluvia en el sediento estío,  
Que de los senos de la vida brota  
Como del aire bienhechor rocío;  
Del arpa del amor mística nota  
Que llena de los seres el vacío,  
Y que en dulce vibrar y son profundo  
Conmueve el cielo y estremece el mundo.

Nombre inefable, armonioso y santo,  
Que con nada terreno se confunde,  
Que derrama su dicha en todo canto  
Y en toda lengua su dulzura infunde;  
Vaso do exento de mortal quebranto  
Todo el aroma de los cielos cunde;  
Esencias de un vergel que da por flores  
Inmortales espíritus de amores.

Nombre que al frente de los siglos brilla  
Antes que el mundo su espresion supiera,  
Como guarda la tierra la semilla  
Para que adorne luego la pradera:  
Al pronunciarlo, el ángel la rodilla  
Dobla, y así cual si vibrando viera  
Sobre su frente el rayo del Eterno,  
Tiembla al oirlo el iracundo Infierno.

Nombre que cual profética paloma  
Del arca de los tiempos se desprende,  
Y allí do el sol de la ventura asoma  
El alto vuelo sin esfuerzo tiende:  
Iris de paz que las borrascas doma,  
Luz que la fé del corazon enciende,  
Y de ternuras con gallarda tinta  
De nuestra vida el horizonte pinta.

Ese nombre los siglos nunca oyeron  
Que la cuna del mundo rodearon,  
Ni los sabios de Grecia lo entendieron,  
Ni las musas profanas lo cantaron:  
Ni las damas de Roma lo tuvieron,  
Ni los reyes de Egipto lo adoraron,  
Ni al porvenir en vértigos lo avisa  
La délfica inspirada pitonisa.

Jamas se unió su celestial sonido  
A los acordes del cantar de Homero,  
Ni á los nombres de Andrómaca y de Dido  
Se vió mezclado en ritmo placentero:  
Jamas tal voz acarició el oido  
Del magno César ni Caton severo,  
Ni prestó en forma de plegaria pía  
A Sócrates consuelo en su agonía.

Así la antigüedad pobló los mundos  
De dioses por el hombre fabricados,  
Y adornó sus delirios mas profundos  
Con caracteres de piedad sagrados,  
Y encarnadas en simbolos inmundos  
Dió á sus pasiones nombres venerados,  
Y adoró de sus cultos en la copia  
Su propio ser y su miseria propia.

Por eso cuanto el ánimo desea  
Objeto fué de preces y cantares,  
Cuanto el instinto popular recrea  
Recibió inciensos y se honró en altares:  
Por eso salió Vénus Citerea  
De la liviana espuma de los mares,  
Y dominaron el celeste imperio  
El robo, la ambicion y el adulterio.

Por eso en vez de hermanos enemigos  
Los hombres eran, y con torpe engaño  
Trocaban sus placeres en castigos  
Y la propia ambicion en propio daño:  
De la agena virtud ciegos testigos,  
De bárbaro tachaban al estraño,  
Y dominaba sobre la ancha tierra  
La esclavitud en nombre de la guerra.

Y era que aquella gente nunca pudo  
De la virtud de Dios formar idea,  
Ni concibió mas glorias que el escudo  
Del fiero Marte y del furor la tea:  
Ni distinguió su entendimiento rudo  
El noble amor de la lujuria fea,  
Que nadie revelado les habia  
Los misterios del nombre de María.

Así cuando unos pobres pescadores  
Salidos del riñon de Palestina  
A combatir vinieron los errores  
Con puros rayos de verdad divina,  
Cuando al mundo dijeron los loores  
De la madre de Cristo, peregrina  
Virgen que concibió de Dios al Hijo,  
El mundo á los apóstoles maldijo.

“¿Qué quiere ese tropel de hombres oscuros  
Que en el nombre de un Dios que yo no veo,  
Osado avanza á derribar los muros  
Del alcázar fundado por Orfeo?  
¿Qué máximas nos dicen tan seguros  
Que no oyeron los sabios del Liceo,  
Ni en el Pórtico fueron aplaudidas,  
Ni en la docta Academia discutidas?

“¿Quién les dió las palabras de esa ciencia  
Tan diferente de la ciencia humana,  
Y cuyo son de misteriosa esencia  
Cual miel divina de su lengua emana?  
¿Quién esa robustísima elocuencia  
Que del indocto á la humildad se allana,  
Mientras fulmina con airados labios  
El indócil orgullo de los sabios?

“¿Qué Dios es ese que á los ojos míos  
Se ofrece acumulando perfecciones,  
Y á cuyo Verbo humano los judíos  
Dieron muerte de cruz entre ladrones?  
¿Qué porcion de sublimes estravios  
Nos vienen predicando esos varones?  
¿Será tal vez, segun se les inspira,  
Cristo verdad y Júpiter mentira?

“¿Quién es esa mujer privilegiada  
Que siendo virgen concibió al Mesías,  
En remotas edades anunciada  
Por antiguas judaicas profecías?  
¿Cómo ha sido del hado quebrantada  
La clave de celestes armonías?  
¿Cómo ha sido milagro tan profundo?  
¿O esto es engaño ó se destruye el mundo!

“Pero no puede ser: el poderoso  
Supremo Jove consentir no puede  
Que un Dios desconocido y misterioso  
De sus altares el incienso herede:  
El vibrador del rayo estrepitoso  
No así el dominio del Olimpo cede:  
Mienten; no puede ser; nuestros poetas  
Valen mas que su Cristo y sus profetas.

La fé que nuestros padres profesaron  
Fué manantial do la verdad bebieron;  
Los mismos dioses nuestra tierra honraron  
Y el honor de sus razas protejieron:  
Las víctimas copiosas que inmolaron  
Con présagas entrañas lo dijeron,  
Y así la voz profética lo abona,  
En Delfos y en Olimpia y en Dodona.

“Esa fué la verdad, y el nuevo culto  
Pérfida insinuacion de gente astuta,  
Que con leyendas de tamaño bulto  
Mantiene nuestra mente irresoluta.  
¿Y ha de quedar su atrevimiento inulto?  
¿Los que á Sócrates dimos la cicuta,  
La judaica impiedad desarraiguemos,  
Y de los dioses el honor venguemos!”

Así dijo el gentil, y como suele  
Rápida tromba descender al suelo,  
Que el aire ciego en su contorno impele  
Con bramador vertiginoso vuelo,  
Y hasta que el campo en derredor no asuele  
Que espera en vano la humedad del cielo,  
En aridez trocando sus verdesores,  
No ceja en sus indómitos furores;

· O como tigre hambriento que al ganado  
Acomete de Hircania en las laderas,  
El gentilismo se lanzó obstinado  
A desgarrar de Cristo las banderas:  
Por el próximo triunfo alborozado  
Dió pábulo el Infierno á sus hogueras,  
Y previno con sangre florecidas  
Palmas el cielo en el Eden cojidas.

De vapores de sangre rodeada  
La nueva cruz sus resplandores bellos  
No por eso ofuscó, que mas alzada  
El mundo entero iluminó con ellos:  
Del paganismo se embotó la espada  
Con tanta siega de indefensos cuellos,  
Rogando á Dios con moribundas manos  
Por sus mismos verdugos los cristianos.

Virgenes tiernas, cuya pura frente  
No empañó nunca ni vapor de amores,  
Con fé invencible y corazon valiente  
Del martirio arrostraron los rigores:  
Ancianos sin vigor del inclemente  
Fanatismo rindieron los furoros;  
De la sangre de un mártir que moria  
Una legion de mártires nacia.

La Iglesia, como madre resignada  
A las desgracias de sus hijos hecha,  
En claustro de oracion reconcentrada,  
De sus triunfos cojia la cosecha:  
Nunca se vió su cruz desamparada;  
Nunca en sus filas se notó una brecha;  
Siempre abiertas sus fuentes bautismales;  
Siempre verdes sus lauros inmortales.

“¿Qué prodigios son estos? los gentiles  
Confundidos de cólera decian:  
Ayer de Cristo los sectarios viles  
Nuestro número apenas acrecian,  
Y hoy, que la muerte los devora á miles,  
Y su cerviz del hacha no desvian,  
Están creciendo, pese á nuestra guerra,  
Como una inundacion sobre la tierra!

“Cristianos encontramos en el foro,  
Cristianos del imperio en las armadas,  
Cristianos guardan por mayor desdoro  
Nuestras mismas haciendas y moradas:  
De sus preces malélicas el coro  
Suenan en las catacumbas olvidadas:  
Ocupan de la tierra los extremos,  
Y solo en nuestros templos no los vemos,

“Creciendo van como nutrida llama  
Sobre campo de mieses, y si dura  
Esa sed de morir que los inflama,  
Si por no mas que un siglo se asegura  
Ese entusiasmo que su hablar derrama,  
¿Qué será el mundo? Inmensa sepultura  
De mártires cristianos, donde lleguen  
Otros cristianos y en su nombre rueguen.”

Y era verdad. La religion cristiana  
Creció como vivifica semilla,  
Que sepultó la mano soberana  
De un arroyo de gracias á la orilla;  
Creció, y rompiendo la armazon liviana  
De la opresora tierra, hermosa brilla,  
Arbol hecha de eternas bendiciones  
A cuya sombra viven las naciones.

Creció, porque brotaba de su seno  
Savia de dicha en caudalosos mares,  
Que de los gustos apagó el veneno,  
Y dió consuelo á todos los pesares:  
Creció, porque al subir blanco y sereno  
El humo del incienso en sus altares,  
El ángel de la paz bajó fecundo  
Con blando cetro á presidir el mundo.

Creció á pesar de la tartárea guerra,  
Porque es la religion del affigido,  
Y así los poderosos de la tierra  
Su influjo bienhechor han resistido,  
Al ver que un gérmen de justicia encierra,  
Y que al festín del cielo prometido,  
Segun escelsas inmutables leyes,  
Desecha sabios y pospone reyes,

Las grandezas del mundo desoyeron  
Aquella religion que les decia:  
“Si quereis ser como los justos fueron,  
Seguid cual ellos por difícil via;  
Renunciad á esos gustos que os perdieron;  
Del mundo huid la seduccion impía,  
Que no sereis de Dios los escogidos  
Sinó con manto de humildad vestidos.”

Mas los tristes con júbilo abrazaron  
Estas palabras por amor dictadas:  
“Benedicid esa cruz con que os cargaron,  
Que la llave será de mis moradas:  
Las lágrimas que opresos derramaron  
Por el dedo de Dios están contadas,  
Y cada punta de mundana espina  
Será una flor en la mansion divina.

“Crecí con sangre, me nutri con llantos,  
Y es una cruz mi celestial emblema;  
La abstinencia es el goce de mis santos,  
Y corona de espinas mi diadema:  
Mi senda está orillada de quebrantos,  
Pero está el bien en su region suprema;  
Venid á mí los que llorais: yo soy  
Madre de tristes que mi amor les doy.

“Los que teneis el corazon sencillo  
Y el alma traspasada de amargura,  
Los que el cuello rendisteis al cuchillo  
Del odio injusto, los que en vida oscura  
De vuestro celo acrecentais el brillo,  
Los que teneis los ojos en mi altura,  
Venid á mí; soy fuente bienhechora  
Para bañar el corazon que llora.

“Venid á mí, mortales pensadores,  
Que de la fé desconocéis la calma,  
Y siempre de terribles sinsabores  
Llena teneis medítanda el alma;  
No apetezcáis por premios seductores  
Prestado lauro ni terrena palma;  
Refrescad con mi aliento vuestros labios;  
Yo os daré ciencia si quereis ser sabios.

“Venid á mí, monarcas cuya frente  
Con grave cerco la corona oprime,  
Los que sabeis tender mano clemente  
Al infeliz que á vuestras plantas gime;  
Yo soy la Religion que blandamente  
De las angustias del poder redime;  
Alivio dad á vuestro débil brazo  
Vuestro cetro poniendo en mi regazo.

“Virgenes anhelosas de ternura,  
Que el amor terrenal no satisface,  
Y cuyo corazon en llama pura  
Como nieve á la lumbre se deshace,  
Tambien para vosotras de dulzura  
Fuente divina de mi centro nace;  
Yo os daré esencias de amorosas flores,  
Que soy la Religion de los amores.

“Hay en la historia del origen mio  
Recuerdos de una vírgen de Judea,  
Que fecundada fué por el rocío  
De la gracia de Dios en Galilea:  
Palmera fué que con celeste brio  
Sobre la base de la arcilla hebrea  
Descolló, cual descuella entre retamas  
Cedro gentil de innumerables ramas.

“De ella salió como de santo nido  
El Verbo del Eterno á las edades,  
Que retumbó cual viento enfurecido  
Del mundo en las opacas soledades:  
Su seno ante los siglos fué escogido  
Para mansion del Cristo de bondades,  
Y por fuego de amor purificado  
De la impureza del primer pecado.

“Casta mujer para sufrir nacida,  
Grande cual monte, humilde como helecho,  
Madre del que las zanzas de la vida  
Al hombre abrió desde el sepulcro estrecho,  
Con dolorosa llaga repetida  
El dardo del dolor pasó su pecho,  
Y es por eso del triste protectora  
Y de todo sufrir consoladora.

“No brilló como Vénus Afrodite  
Por belleza y lascivia de consuno,  
Ni renombre gentílico trasmite  
Por su altivez celosa como Juno:  
Ni el manejo partió como Anfitrite  
Del húmedo tridente de Neptuno,  
Ni cual Minerva descolló severa,  
Sábía en las artes y en las lides fiera.

“Fué una mujer humilde é ignorada,  
Como rosa escondida en su capullo,  
Que aceptó sus dolores resignada,  
Y aceptó sus grandezas sin orgullo:  
La paloma de Cristo inmaculada  
La festejó con amoroso arrullo;  
Fué bendita entre todas las mujeres,  
Y la mas afligida de los seres.

“Bajo dosel de luz sentada ahora  
Del alto Empíreo en la suprema corte,  
Del Trino Dios que el cristianismo adora  
Hija de bendicion, madre y consorte,  
El apenado su socorro implora  
Y busca en ella la afliccion su norte,  
Que hacerla plugo al Creador del cielo  
Hija del llanto y madre del consuelo.

“Tocada con el sol la cabellera,  
Calzado el pié con la creciente luna,  
Los ángeles la aclaman en la esfera  
Y calla vergonzosa la Fortuna:  
La cohorte de santos placentera  
Para ensalzar su beatitud se aúna,  
La serpiente del mal sus iras pierde,  
Y el polvo alzado por sus plantas muerde.

“Su nombre es miel que de los labios fluy,  
De colmena de gracias desprendida,  
Y al corazon la calma restituye  
Del ciego mundo en el vaiven perdida:  
El mal sediento de desgracia huye,  
Como azor espantado en su guarida,  
Y del hombre á las preces con sonoros  
Ecos responden los celestes coros.”

Ese nombre glorioso es el que canto,  
Si basta el númen para empresa tanta,  
Y si la voz humilde que levanto  
La altura de mi asunto no quebranta:  
La fé me anime y de ternura el llanto  
Las cuerdas bañe de la lira santa,  
Y al són respondan con gemidos huecos  
Del Carmelo y del Gólgota los ecos.

Mas no: mas bien arroyos de dulzura  
Del cielo caigan y mi mente bañen,  
Y el himno que mi labio ya murmura  
Espiritus ardientes acompañen:  
No malévolos genios de amargura  
En mi sentida inspiracion se ensañen;  
Pasen del alma flébiles memorias,  
Que canto triunfos y pregonos glorias.

Canto á la Virgen, no sobre el Calvario  
Del Ungido el cadáver recojiendo,  
Y el funeral blanquísimo sudario  
Con su copioso llanto humedeciendo;  
Mas bajando del rico santuario  
Do mora en las aluras, y teniendo  
En la boca palabras amorosas,  
Luz en el rostro y en las manos rosas.

El nombre canto que escuché en mi infancia  
Al son de los vaivenes de mi cuna,  
Cual aura soñolienta de fragancia  
Cargada, que moviéndose importuna,  
Riza al pasar con fácil inconstancia  
El trémulo cristal de la laguna,  
Y al blando son con que las cañas mece  
Futuras dichas prometer parece.

El nombre canto que escuché en mis sueños  
Como el trinar de un ave que se aleja,  
O los vagos gemidos halagüeños  
De un serafín que de placer se queja:  
Que ni del mundo los airados ceños,  
Ni la fortuna que á mis pasos ceja,  
Harán que olvide el resonar querido  
De esa palabra que escuché dormido.

El nombre canto que sentí vibrante,  
Por la boca de prestes entonado,  
Rodar bajo la cúpula sonante  
Del templo en el recinto venerado,  
Y que al sentirlo por la voz pujante  
Del órgano sonoro acompañado,  
Llevé cediendo á superior derecho  
La dócil mano al palpitante pecho

El nombre canto que repite el mundo  
En sordos ecos que el mortal no entiende,  
Que pronuncia con eco tremebundo  
El huracan cuando los mares hiende,  
Y el rayo que en el cóncavo profundo  
De hueca nube con fragor se enciende,  
Y el fresco lirio y la ondulante espiga  
Del sol al recibir la luz amiga.

De Salomon la cítara sonora,  
Animada de místicos amores,  
A suplir venga de mi voz ahora  
El aliento menguado. Otros cantores  
Invoquen la deidad engañadora  
Que habita del Parnaso en los verdores:  
Mi lira ya su inspiracion rehusa;  
Dios es mi inspirador, la fé mi musa.

CANTO I.

Ceñida entre dos polos y dos mares,  
Que por límite imponen á su suelo,  
Ora de agua sonantes valladares  
Ora barreras de invencible hielo,  
Erizada de montes que pilares  
Pueden ser de la bóveda del cielo,  
Cruzando el orbe América se alza,  
Que el mar de Atlante con su espuma calza.

Aquí Naturaleza en mil raudales  
De sus tesoros la opulencia emplea,  
Y vierte sin medida los caudales  
Que atesoró en el cuerno de Amaltea:  
En los cuadros que ostenta sin iguales  
Espaciada la vista se recrea,  
Y de sus montes las pendientes faldas  
Guarnecidas parecen de esmeraldas.

El nombre canto que repite el mundo  
En sordos ecos que el mortal no entiende,  
Que pronuncia con eco tremebundo  
El huracan cuando los mares hiende,  
Y el rayo que en el cóncavo profundo  
De hueca nube con fragor se enciende,  
Y el fresco lirio y la ondulante espiga  
Del sol al recibir la luz amiga.

De Salomon la cítara sonora,  
Animada de místicos amores,  
A suplir venga de mi voz ahora  
El aliento menguado. Otros cantores  
Invoquen la deidad engañadora  
Que habita del Parnaso en los verdores:  
Mi lira ya su inspiracion rehusa;  
Dios es mi inspirador, la fé mi musa.

CANTO I.

Ceñida entre dos polos y dos mares,  
Que por límite imponen á su suelo,  
Ora de agua sonantes valladares  
Ora barreras de invencible hielo,  
Erizada de montes que pilares  
Pueden ser de la bóveda del cielo,  
Cruzando el orbe América se alza,  
Que el mar de Atlante con su espuma calza.

Aquí Naturaleza en mil raudales  
De sus tesoros la opulencia emplea,  
Y vierte sin medida los caudales  
Que atesoró en el cuerno de Amaltea:  
En los cuadros que ostenta sin iguales  
Espaciada la vista se recrea,  
Y de sus montes las pendientes faldas  
Guarnecidas parecen de esmeraldas.

Con lumbre paternal el sol ardiente  
Sus flores tiñe y su zenit colora,  
Y ya en el ecuador arde luciente  
Y de Quito parece se enamora,  
Ya con templado rayo mas clemente  
Del anglo emprendedor las mieses dora,  
Ya luz oblicua, desmayada y fria,  
Al Esquimal y al Patagon envía.

Cuentan que en otra edad el grave imperio  
Del Inca altivo inciensos tributaba  
Al sol que recorriendo su hemisferio  
Las pródigas cosechas maduraba:  
Con amar de sus luces el misterio  
Su gratitud América espresaba,  
Que tiene el sol cuando sus cielos huella  
Miradas de un amante para ella.

Miradas que hacen que la oculta vida  
Que guarda el mundo en sus oscuros senos,  
Brote feraz y crezca sin medida  
De esta tierra en los ámbitos amenos,  
Ya en aroma de flores desprendida,  
Ya exalada en mortíferos venenos,  
Ya manifiesta en la gallarda suma  
De tantas aves de pintada pluma.

No aquí Titan, aunque sus rayos vierta  
Sin dar lugar para la sombra rara,  
De arena cubre la estension desierta  
Como en los secos mares de Zahara,  
Ni en hondas grietas por la sed abierta  
La superficie de la tierra avara,  
Trocando sus riquezas en ceniza,  
La pompa vegetal esteriliza.

Antes bien, cual hogar donde el sustento  
De una familia á su calor se cuece,  
De la tierra el durísimo cimiento  
Con bienhechores fuegos enternece,  
Que bajo el almo luminoso aliento  
En opulenta profusion florece,  
Alarde haciendo de sus ricas galas  
Cual mariposa de sus leves alas.

Por aquí corren gigantescos rios  
Que con largo caudal la tierra abrazan,  
Que sustentan gravísimos navios,  
Y con sus aguas las del mar rechazan:  
Irguense aquí riscosos y bravios  
Y en cadenas altísimas se enlazan  
Montes que ostentan so la línea ardiente  
En las faldas verdor, nieve en la frente.

Aquí de cien volcanes el bramido  
Del aire á veces la quietud altera,  
Y el fuego de sus senos desprendido  
Turba y asalta la celeste esfera:  
Mas de su lava sobre el mar tendido  
Se asienta la viciosa primavera,  
Y encubriendo su estrago con verdores,  
El fuego destructor produce flores.

Aquí de la creacion la vida crece  
Como animada por la voz divina,  
La noche en vez de oscuridad ofrece  
Hebras de luz templada y argentina:  
Sobre los bosques que el Favonio mece  
Su frente el alba de carmin reclina,  
Y al arrollar sus olas á millares  
Con ronco són requiébranla los mares.

¿Cuál ha de ser de América el destino?  
Grande, tan grande que mi mente llena  
De présago entusiasmo peregrino  
Que hace brotar de inspiracion la vena:  
Que no nace el arroyo cristalino  
Para perderse en infecunda arena;  
Mas para dar en plácidos vergeles  
Al amor flores y al honor laureles.

Entre mares y mares colocada  
De incógnita y difícil travesía,  
Del Viejo Continente separada  
La solitaria América se vía,  
Cual rica madreperla conservada  
En las entrañas de la mar bravía,  
Que allí pule, ganoso por tenerlas,  
Su pompa en nácar, su tesoro en perlas.

Nunca de sus riquezas el misterio  
Inflamó la codicia de Cartágo;  
Nunca el romano colosal imperio  
Aquí mostró de su poder amago,  
Ni el héroe Macedon á este hemisferio  
Trajo de sus conquistas el estrago,  
Ni llegó á estas regiones apartadas  
El belicoso ardor de las Cruzadas.

Mas un día un oscuro navegante,  
De nacion genovés, pobre de oro,  
Con inesperta quilla el mar de Atlante,  
Osó cruzar: el piélagosonoro  
Sintió domada su cerviz pujante,  
Y de sus ondas el siniestro coro  
Acompañó con rudos movimientos  
De la forzada chusma los lamentos.

Y de pronto la Fama el ancho mundo  
De polo á polo rápida cruzando,  
Vuela las maravillas sin segundo  
De aquella ignota tierra publicando:  
“Allí, dice á los hombres, el fecundo  
Suelo está de su seno rebotando  
Mas oro y tentadora pedrería  
Que el mar arenas en su fondo cría.

“Allí salvaje muchedumbre espera  
Por las vírgenes selvas esparcida  
Que ponga fin á su barbárie fiera  
De las gentes de Europa la venida:  
Allí la gloria en inmortal esfera  
Al generoso corazón convida,  
Y con preclaros nombres eslabona  
Del genio humano la sin par corona.

“Héroes en cuyos ánimos fulgura  
Clara y brillante del valor la llama,  
Allí como semilla en la llanura  
La sangre de los fuertes se derrama:  
Allí una religion feroz é impura  
Estrago y sangre de cautivos ama,  
Y á las deidades ríndense por dones  
Humanos palpitantes corazones.

“Allí de vuestras armas el ensayo  
La hueste espera del sañudo Azteca,  
La del Inca con présago desmayo,  
Y la del noble osado Tlaxcalteca:  
Láncese, pues, de vuestra mano el rayo,  
Tiemble bajo el bridon la tierra hueca,  
Y por vil sea tenido entre su gente  
El español que sus contrarios cuente.”

Así dijo la fama, y como atruena  
Los campos de Sicilia el viejo monte  
Do sobre el yunque de los mundos suena  
El trabajo de Estéropo y de Bronte,  
Si de sus lavas al soltar la vena  
Ciega con su vapor el horizonte,  
Y de sus cumbres por la ardiente vía  
Olas de fuego á las del mar envía;

Sonó en España de su voz el trueno  
Y fulguró la luz de su mirada,  
Y cada corazón su estrecho seno  
Fatigó en vibración acelerada:  
De fé invencible el religioso lleno  
Su cruz requiere, el lidiador su espada,  
Y en sombra de banderas españolas  
Oscurece el Atlántico sus olas.

¿Qué busca ese tropel de aventureros?  
Tras el sol marchan sin saber adónde.  
Mas allá de los últimos linderos  
Do el Viejo Mundo su pobreza esconde,  
La region de sus sueños hechiceros  
Se encuentra, y allá van: su fé responde  
De terminar la empresa aventurada,  
Que hay cruz y hierro en la paterna espada.

“América . . . . Allí el sol los corazones  
A la par que las fuerzas aniquila;  
Allí de muerte mil emanaciones  
Húmedo suelo sin cesar destila;  
Allí abundan ponzoñas y dragones,  
Y el indio astuto para herir vigila;”  
Les dijo gente á disuadirlos pronta,  
Y ellos han respondido: Tanto monta.

Y los ve Tenocitlan: Moctezuma  
Tiembla á la vista de Cortés, y siente  
Que cual liviana voladora pluma  
La diadema se escapa de su frente:  
Y allá de Otumba la sangrienta espuma  
Atestigua el valor de nuestra gente,  
Y el fiero Guatimoc en cautiverio  
La muerte anuncia del caduco imperio.

Satan envuelto en ídolos impuros  
Fuerza y vigor á sus contrarios daba;  
Tal vez en voz de oráculos oscuros  
Sus logros y quebrantos anunciaba,  
Y cimentando de impiedad los muros  
Dió su favor á la Discordia brava,  
Y á las pasiones que encendió pedia  
Sangre y mas sangre con tenaz porfia.

Porque sangre vertida en sus altares  
Es el perfúme que Satan prefiere,  
Y para él dulcísimos cantares  
Los ayes son del que en su nombre muere:  
La envidia que acibara los pesares,  
La crueldad que al indefenso hiere  
Y el error que á la luz los ojos cierra,  
Huestes le dan para oprimir la tierra.

De México por eso en el imperio  
Sus belicosos fuegos mantenía,  
Y en lazos de pomposo cautiverio  
Sujetado á su influjo los había.  
“Tal vez irán de Oriente al hemisferio,  
Con deleite malévolos decía,  
Y estirparán con furibundas manos  
La semilla vivaz de los cristianos.

“Tal vez, creciendo en armas y en denuedo,  
Si yo les doy mi rencoroso brío,  
En adalides transformarlos puedo  
Que lleven por la tierra el nombre mio,  
Y el camino trazado por mi dedo  
Recorriendo á través del mar bravío,  
Harán ¿quién sabe? mis legiones fieras  
Con los templos de Europa sus hogueras.

“Esa gente del mundo separada  
Culto me rinde y como á Dios me adora;  
Sus hermanos la tienen olvidada;  
Quizá Dios mismo su existencia ignora:  
Pues bien, yo de mi cólera la espada  
Voy á darles; su hueste vengadora,  
Sujeta para siempre á mi albedrío,  
Será en los tiempos el Atila mio.

“El Oriente es de Dios: el Occidente  
Del Infierno será. Si el Increado  
Recibe allí en basílica esplendente  
Lauros sin fin é incienso venerado,  
Yo aquí tambien de mi poder ingente  
Podré ver el influjo respetado,  
Y será en honra de mi ser inmenso  
La sangre de las víctimas mi incienso

“Yo aquí derramaré con larga mano  
De mis furores la encendida copa,  
Y cuando mas de su afanar insano  
Esté cansada la caduca Europa,  
La llave les daré del Oceano,  
De su bajel empujaré la popa,  
Y les diré: “Ministros de mi ira,  
Marchad allá que vuestro Dios os mira,

“Marchad y no volvais sin que no quede  
Ni templo erguido ni de cruz astilla;  
Marchad, marchad; mi espíritu os precede;  
Mi ardiente rayo á vuestros ojos brilla:  
Vereis que todo á vuestro paso cede,  
Y el lustre de la tierra se amancilla,  
Y lograda en el mundo mi demanda,  
Cristo sucumbe y el Infierno manda.

“Que así como ese Dios tiene un Atila  
Que cual monte de hielo se desploma,  
Y á su empuje fortísimo vacila  
La ponderosa magestad de Roma,  
Así tambien vosotros do se apila  
La hiel que el mundo de mis hieles toma,  
Vosotros, hueste de indomable brío,  
Sois en los tiempos el Atila mio.

“A esperar, pues, que la tremenda hora  
Del anhelado vaticinio llegue,  
Y que á la Europa que mi ser no adora  
Vuestra rabiosa muchedumbre anegue:  
Y la mar que os divide bramadora  
Con humanos cadáveres se ciegue,  
Y toda esa grandeza malhadada  
Al polvo torne de do fué sacada.”

Así dijo Luzbel; pero fué en vano,  
Que al mostrar el Eterno su semblante,  
Huyó, cual humo dócil y liviano  
Llevado en alas de huracán sonante;  
Huyó, cual si otra vez viera en la mano  
Del arcángel la espada llameante,  
Y de Miguel la voz que le dijera  
*¿Quién como Dios? al despeñarse oyera.*

Huyó, que en vano sobre firme asiento  
Se levanta su fábrica de errores,  
Envenenando con mortal aliento  
El alma y dando al corazón dolores:  
Son sus templos alcázares de viento,  
Falsos sus triunfos, ciertos sus horrores,  
Y el entusiasmo que en las almas cria  
Rápida exalación, nube vacía.

Dios levantó sobre el error su mano,  
Y lanzó al español cual lanza al trueno;  
Lo vistió con su aliento soberano,  
La fortaleza derramó en su seno,  
Y le dijo: “Traspasa el Oceano,  
Y hallarás unas gentes do el veneno  
De Satanás bajo mi cielo dura  
Y el mal recibe adoración impura.

“Muéstrate con mi cruz y con tu espada  
Ante esa gente, misionero armado  
Que llevas en la frente bautizada  
Luz de apóstol y esfuerzo de soldado;  
Estirpa la semilla malhadada  
Que se regó con aguas de pescado,  
Los sanguinarios ídolos destruye  
Y mi culto á su culto sustituye.

“Yo te guiaré, como á Israel un día,  
Del desierto en la arena abrasadora;  
Fuego de noche y nube por el día  
Caminará delante de tu prora:  
Removeré tormentas de la vía  
Do se arrastre tu quilla cortadora,  
Y á los vientos diré que no te asalten  
Adversos nunca ni á tu rumbo falten

“Marcha, que yo tu conductor y amigo  
Te infundiré consejos de denuedo,  
Y al sordo corazon de tu enemigo  
Llamaré con oráculos de miedo.  
Marcha; mi rayo marchará contigo:  
Tu número no cuentes, que yo puedo  
Transformar á los hombres en atletas  
Que triunfen con el son de sus trompetas.”

Dijo Dios, y los ídolos cayeron:  
El Anáhuac gimió como doncella  
Que ha perdido su amor; sus hijos vieron  
Surcar el suelo con profunda huella  
De la conquista el carro, y tras él fueron  
La Muerte que sus lutos atropella,  
Y el Hambre y Peste devorando vidas  
En implacable trinidad unidas,

Oh! si pudiera con robusto canto,  
Vapor del fuego que mi pecho abrasa,  
Decir de las ideas el encanto  
Cuyo tropel sobre mi frente pasa!  
Oh! si pudiera, cual se exhala en llanto  
La afliccion que los ánimos traspasa,  
Exhalar en sublimes armonías  
Mis recuerdos, mi amor, mis profecías!

Pero no. Dios mi poquedad me ha dado,  
Y yo de mi impotencia no me quejo:  
Venga otro bardo y siegue afortunado  
La rica mies que á mis espaldas dejo:  
Yo, como el ave de su nido amado,  
De la carrera que emprendí me alejo,  
Tal vez el alma de amargura llena,  
Tal vez transido el corazon de pena.

Dios me mandó cantar. Yo de rodillas  
La inspiracion de su mirada espero,  
Como espera el terreno las semillas  
Para henchir con sus frutos el granero:  
De mi canto en las cláusulas sencillas  
El último es su nombre y el primero;  
Sobre mi lira glosó su vocablo,  
Y en tono humilde á los humildes hablo.

Dios me mandó cantar. Vibró su acento  
En mí, como el susurro de la noche,  
Cuando esquivando su glacial aliento  
Prende la rosa el encendido broche.  
Ante mí en alas de ruidoso viento  
Cruzó veloz el luminoso coche  
Que á la voz del Anciano de los días  
Llevó á los senos del Eden á Elías.

Dios me mandó cantar en el lenguaje  
En que á los mundos caminar impera,  
Cuando la muda sombra su ropaje  
Tiende estrellado por la azul esfera:  
Y yo, que al seno de mi mente traje  
De su mirada la vivaz hoguera,  
Salté, cual ave al despuntar el día,  
Del lecho de la inercia en que dormía.

Por eso las profanas emociones  
Espresa mal el arpa consagrada,  
Y no sé penetrar en las mansiones  
Do establece la guerra su morada:  
Por eso siempre á los celestes dones  
Está mi voz como mi mente atada,  
Y obedeciendo á superior consejo,  
Canto á la Virgen y á los héroes de jo.

virtudes que el hogar  
de la tierra embell  
sucesion el h  
encia revo

Vosotras sois las voces de mi cuna,  
De las que es hoy mi corazon el eco,  
Y que no trocaré de la fortuna  
Falsa y mudable por el nombre hueco:  
Esvuestra luz como de blanca luna  
Que el ojo ablanda por la furia seco,  
Mientras luz de relámpago es la gloria,  
Que cruza el firmamento de la historia,

Ayudadme vosotras á que cuente,  
Si tanto puede vuestra escelsa ayuda,  
El prodigio de amor mas eminente  
Que en vano quiso contrastar la duda,  
Con santo númen la piedad ferviente  
Inflame el corazon y al labio acuda,  
El hondo Infierno desatado luce,  
Y de hinojos América me escuche,

México apenas la mortaja helada  
De la barbárie desgarrado habia,  
Cual desgarrá la oruga alborozada  
La túnica que humilde la encubria,  
Y en gentil mariposa transformada,  
Juega en sus alas con la luz del día,  
En caprichoso alarde de colores  
Bebiendo sol y enamorando flores,

Sobrepuesta la cruz de Constantino  
De Moctezuma en la imperial corona,  
Al irradiar su resplandor divino  
Los mundos con los mundos eslabona:  
La augusta religion del Uno y Trino,  
La fe en el Dios que ampara y que perdona,  
De Europa ya los límites escede,  
Y el ciego error confuso retrocede.

Rugió el Infierno con sangrienta ira,  
De su mansion los ejes dislocando,  
Al ver que su dominio se retira  
Como una inundacion que va menguando,  
Y que triunfante por do quier se mira  
La cruz contra la cual dragon infando,  
Viendo que al hombre de sus iras libra,  
Trífida lengua venenosa vibra.

La cruz, donde cual víctima espiatoria  
Rindió Jesus el último suspiro,  
Y de la muerte consiguió victoria  
Que puso coto á su insaciable giro:  
La cruz, que en trono de celeste gloria  
Sobre los mundos ensalzada miro,  
Anonadando la grandeza hueca  
Del sol del Inca y de la sierpe Azteca.

A cubrir empezaba el jaramago  
El palacio imperial de Moctezuma,  
Ya resentido por el fiero estrago  
Conque la guerra su opulencia abruma:  
Templos y estancias, del Azteca halago,  
De escombros eran lamentable suma,  
Y aun no habia la fiebre macilenta  
Bien enjugade su segur sangrienta.

Pero aquello pasó. De la victoria  
El sol radió benéfico y luciente,  
Y con reflejos de futura gloria  
El porvenir doró de nuestra gente.  
Calamidad precisa, transitoria,  
Principio fué de saludable fuente,  
Y vencedora la celeste gracia  
Quedó por fin de la infernal falacia.

Venció, que el Dios cuya paterna mano  
La antigua rueda de los tiempos mueve,  
Y valladar de arena al Oceano  
Impone que á romper jamas se atreve,  
Aquel que de su ser en el arcano  
Del porvenir los términos embebe,  
Quiso librar á América del yugo  
A que el Infierno someterla plugo.

Quiso y fué: de perdidas profecias  
Eco remoto los sucesos fueron,  
Y así como al principio de los días  
Del caos las entrañas se movieron,  
Y al compas de inefables armonías  
El giro de los orbes dispusieron,  
En confusion de sombras y arreboles  
Formas brotando y produciendo soles.

Así al sonar el bienhadado día,  
De su ignorancia México renace,  
Y el que en abyecta oscuridad vivía  
Con las nuevas palabras se complace:  
Del bienestar ensánchase la vía;  
De la tartárea adoracion deshace  
La densa niebla el rayo placentero  
Que brota de los ojos del Cordero.

El amor celestial, etérea lumbre  
Que con su misma llama se alimenta,  
Grato descende de la escelsa cumbre  
En alas de la fã que lo sustenta,  
Y aniquilando de impiedad la herrumbre  
En las entrañas del mortal se asienta,  
Llenando con su ardor los corazones  
Y colmando las almas con sus dones.

La Europa de sus ciencias y sus artes  
Aquí el árbol riquísimo trasplanta,  
Y á la sombra de iberos estandartes  
Una fábrica eterna se levanta  
De goce y de labor: por todas partes  
Da el religioso su palabra santa  
A las turbas que atónitas le escuchan,  
Y con recuerdos del pasado luchan.

¡Señor omnipotente! tú que ordenas  
La móvil creacion, tú que la impides  
A la nada volver, que el mar enfrenas  
Y el giro eterno de los astros mides;  
Tú que los tiempos con tu nombre llenas  
Y en todo espacio sin cesar resides  
¡Cómo en los mundos tu bondad florece  
Y en los siglos tu ciencia resplandece!

Por anecho mar intransitado y fiero  
De Adan la descendencia separaste,  
Por luengos siglos en su error grosero  
Vivir á los de América dejaste:  
Pero sonó tu hora, y el madero  
De la cruz que en el Gólgota elevaste  
Un mundo y otro mundo contemplaron,  
Y un mundo y otro mundo la adoraron.

¡Cuán grande eres, señor! ¿De tus misterios  
A quién la inmensa magnitud no espanta?  
La tierra duplicó sus hemisferios  
Obedeciendo á tu palabra santa;  
Quisiste, y perecieron los imperios  
Como nube ante el sol. ¿Qué no quebranta  
Tu fuerza? ¿Tu saber qué no ilumina?  
¿Quién ante tí su corazón no inclina?

Yo te admiro en el Gólgota muriendo,  
Yo te venero en Sinaí tronando,  
Te veo el buque de Colon rigiendo,  
Te siento el brazo de Cortés guiando:  
Do quiera el son de tu palabra entiendo,  
Do quiera estoy tu imagen contemplando,  
Y atento siempre á tu favor divino,  
Mi canto bendiciéndote termino.

CANTO II.

El sol apenas desgarrado habia  
El húmedo cendal de la mañana,  
Del mar en la aparente pedrería  
Sendas trazando de encendida grana:  
A los reflejos del naciente día  
Con que apacible el cielo se engalana,  
Mientras nuevos alientos peregrinos  
En perfumes la flor y la ave en trinos.

El limpio azul de la risueña esfera  
Del alba invade la creciente zona,  
Que ya de Febo con la luz primera  
Sus arcos de arrebales eslabona,  
Y prendida la túnica rastretera  
Que alguna estrella pálida tachona,  
La muda noche de los cielos huye,  
Y á Titan sus dominios restituye.

¡Cuán grande eres, señor! ¿De tus misterios  
A quién la inmensa magnitud no espanta?  
La tierra duplicó sus hemisferios  
Obedeciendo á tu palabra santa;  
Quisiste, y perecieron los imperios  
Como nube ante el sol. ¿Qué no quebranta  
Tu fuerza? ¿Tu saber qué no ilumina?  
¿Quién ante tí su corazón no inclina?

Yo te admiro en el Gólgota muriendo,  
Yo te venero en Sinaí tronando,  
Te veo el buque de Colon rigiendo,  
Te siento el brazo de Cortés guiando:  
Do quiera el son de tu palabra entiendo,  
Do quiera estoy tu imagen contemplando,  
Y atento siempre á tu favor divino,  
Mi canto bendiciéndote termino.

CANTO II.

El sol apenas desgarrado habia  
El húmedo cendal de la mañana,  
Del mar en la aparente pedrería  
Sendas trazando de encendida grana:  
A los reflejos del naciente día  
Con que apacible el cielo se engalana,  
Mientras nuevos alientos peregrinos  
En perfumes la flor y la ave en trinos.

El limpio azul de la risueña esfera  
Del alba invade la creciente zona,  
Que ya de Febo con la luz primera  
Sus arcos de arrebales eslabona,  
Y prendida la túnica rastretera  
Que alguna estrella pálida tachona,  
La muda noche de los cielos huye,  
Y á Titan sus dominios restituye.

El Creador, su hechura examinando,  
Halló que estaba bien, y la bendijo  
Y la mandó vivir, tal como cuando  
Del caos la sacó: con regocijo  
De los humildes ángeles el bando  
Aplaudió el Verbo que el Eterno dijo,  
Y al hosanna los puros luminares  
Respondieron en místicos cantares.

Luego ante el sólio de perenne vida  
Do el Uno y Trino su grandeza ostenta,  
La noble frente de temor ceñida,  
El ángel de la noche se presenta:  
Espíritu que tiene la medida  
De las tinieblas, que los pasos cuenta  
Que da por el zenit la noche tarda,  
Y de los hombres el reposo guarda.

El, para repartirlos por el mundo,  
La oculta llave de los sueños tiene,  
Y del silencio lúgubre y profundo  
La taciturna sucesión previene:  
Del huracán el ímpetu iracundo  
Templa por más que los espacios llene;  
De sombras prende en impalpable valla  
El ronco mar y su bramido acalla.

Su oído escucha de la yerba verde  
Al separar la tierra el estallido,  
Y de sus venas que el insecto muerde  
Oye el débil tristísimo crujido:  
Su aguda vista el oscilar no pierde  
De fácil savia por el tallo henchido,  
Ni del gérmen liviano el movimiento  
Cuando en sus alas lo transporta el viento.

El paso rige soñoliento y grave  
De blanca luna por la esfera umbría,  
Y reconoce en el dormir del ave  
Los trinos que ha de dar al otro día:  
El de la noche los misterios sabe,  
Y percibe, previene, cuenta y guía  
Cuanto sucede y suceder pudiera  
Del sol pasado al alba venidera.

Apenas el crepúsculo dorado  
Con móvil franja el occidente orilla,  
Y el tímido lucero plateado  
Sobre el azul del horizonte brilla,  
Desciende y en el pecho fatigado  
Derrama de los sueños la semilla,  
Y apenas luce de la aurora el velo  
Bendice el mundo y se retira al cielo.

Envuelto como en túnica preciosa  
En sus alas de niebla trasparente,  
Con inefable voz armoniosa  
Cual manso arrullo de lejana fuente,  
Ante la escelsa magestad radiosa  
Doblando la rodilla reverente,  
En lengua sin palabras ni medida  
Cuenta dió así de su mision cumplida.

“Señor, corri, conforme á tu mandato  
De la creacion los ámbitos oscuros,  
Y dí del mar en el recinto lato  
Cárcel al sol en cristalinos muros:  
Semillas derramé de sueño grato,  
Disipé los maléficos conjuros,  
Y así cual te bendice por el día  
Ví que todo al dormir te bendecia.

“Tu nombre santo se conserva en todo  
Y en todo se propaga y se venera,  
Sobre la base del terrestre lodo  
Y en los pilares de la limpia esfera;  
Los seres guardan de tu ser el modo,  
Tu vida en su bondad se regenera,  
Y por do quier los ecos adormidos  
Ecos son de tu nombre en mis oídos.

“Rodando el orbe por la línea sigue  
Que le trazó tu dedo en el vacío,  
Y todo en él la sucesion prosigue  
Que le mandó cumplir tu poderío.  
Atomo no hay que á tu creacion se ligue  
Que no haya recorrido el vuelo mio,  
Ni senda por los aires desusada  
Que no esté por mis alas azotada.

“Justos ví que en silencio se affigian  
Por mano criminal encadenados,  
Y yo les dí la paz que te pedian  
Y ahuyenté de su insomnio los cuidados:  
Santos ví que alabanzas te decian  
Del fácil sueño por orar privados,  
Y yo al pasar con reverencia hollaba  
El aire oscuro que su prez llevaba.

“Vírgenes ví de candorosa frente,  
Dormida el alma, el corazon despierto,  
Palabras murmurando tiernamente  
Que amor arranca de su labio incierto:  
Ancianos ví que con afan demente,  
De la edad olvidando el paso yerto,  
Soñaban en riquezas é ilusiones,  
Del árbol de la vida breves dones.

“Vi potestades de la tierra llenas  
De incurable recóndita amargura,  
Mas recargado el corazon de penas  
Que de adornos la regia vestidura:  
Dar de su llanto á las amargas venas  
No quise mi belceño de dulzura,  
Que dispuso tu gran sabiduría  
Llore de noche quien brilló de día.

“Vi tambien libertinos que turbaban  
El nocturno reposo de los seres,  
Y en crapulosa bacanal libaban  
La envenenada flor de los placeres:  
Yo los dejé gozar como gozaban;  
Tú, que su Dios, su padre y su juez eres,  
Muéstrales de tu gloria los destellos;  
Yo no hice mas que suspirar por ellos.

“Sabios ví que el reclamo desoian  
De tu piedad, y por Luzbel tentados,  
La cavilosa mente divertian  
Por sendero de errores y pecados:  
Y los ilusos su doctrina oían  
Y de su falsa brillantez llevados,  
Como ciegos por ciegos conducidos,  
A la verdad cerraban los oídos.

“¡Ay! cuánto cuadro de afliccion presenta  
A mis ojos el orbe! Do quier veo  
La discordia que al tímido amedrenta,  
El cisma que da fuerzas al ateo;  
Do quier triunfante la impiedad se ostenta;  
Do quier se cumple el infernal deseo;  
Do quier perdida la razon humana  
Tu religion por extinguir se afana.

“La Europa visité, donde las gentes  
Grito de guerra de tu nombre han hecho;  
La sangre allí derrámase á torrentes;  
Hiere el hermano del hermano el pecho;  
Hunden los justos las turbadas frentes  
En el sangriento polvo, triste lecho  
De los que en dura guerra fatricida  
Pierden la humana y la celeste vida.

“Tu iglesia, como nave destrozada  
Del viento y de la mar por los embates,  
Apenas resistir puede apenada  
De la enemiga furia los combates:  
El hombre á quien dijiste, *en mi morada*  
*Ataré yo cuanto en la tierra ates,*  
En vano media en la sangrienta lucha;  
Nadie su voz conciliadora escucha.

“Antes bien á sus voces de consuelo  
Responde la Impiedad osada y ciega:  
Rasgado está de tu mentira el velo;  
No es Dios el Dios que á mi razon se niega:  
Mi ciencia corre en victorioso vuelo  
Y hasta la causa de las causas llega,  
Y con la fé que proclamando vienes  
Atado el mundo á tu miseria tienes.

“El Asia visité, los arenales  
Atravesé del Africa abrasada,  
Y en una y otra parte los mortales  
Cierran los ojos á tu luz: echada  
Una semilla de terribles males  
Está sobre la tierra; la turbada  
Razon por comprenderte se fatiga,  
Y es por no comprenderte tu enemiga.

“Si un monje ardiendo en caridad sublime  
Tu ley predica en apartada zona,  
Y del error los ánimos redime,  
Y logra del martirio la corona,  
Otro monje en los ánimos imprime  
Duda tenaz, escándalos pregoná,  
Y su palabra en artificios rica  
Del error los parciales multiplica.

“Mas no por eso de tu amor perece  
Falto de riego el saludable fruto;  
Almas quedan aun en que florece  
La fé y á tu verdad rinden tributo:  
La luz que diste al hombre brilla y crece  
Por mas que luche el enemigo astuto,  
Y si un mundo con nieblas la rodea,  
Con afan otro mundo la desea.

“Visité la region afortunada  
Que á Cortés y á los suyos enseñaste,  
Donde con rayos de verdad sagrada  
Del error los emblemas fulminaste:  
La semilla del bien allí arrojada  
Por tí tal fruto da, que no hay quien basto  
A recoger la mies de arrepentidos  
Que se esfuerzan por ser tus elegidos.

“Allí están los humildes de la tierra  
De limpio corazon y ciencia escasa;  
Ni la temible duda los aterra,  
Ni la secreta envidia los abrasa:  
Tosca y sencilla su oracion encierra  
Perfumes de candor, porque sin tasa  
Cunden en su inocente fantasía  
La fé que salva y la virtud que guía.

“Esa gente no ha visto en el Calvario  
Morir á un Hombre Dios entre ladrones,  
Y ha vivido hasta aquí por el contrario  
Sin conocer tu nombre ni tus dones:  
Es su pecho precioso relicario  
Do, en vez de religiosas tradiciones,  
Consoladora, incorruptible dura  
Del nuevo culto la sin par dulzura.

“Mas aun el árbol de la fé no arraiga  
Tan fuertemente en ellos que no sea  
Muy de temer que su verdor decaiga  
Y muerto al cabo de aridez se vea:  
Es de temer que Satanás estraiga  
Con los medios maléficos que emplea  
La savia de ese vástago precioso  
Hoy colmado de flores y frondoso.

“Yo he visto de los genios infernales  
Surgir abominable muchedumbre,  
Présaga de quebrantos y de males,  
Para extinguir tu bienhechora lumbre,  
Y hacer que esa porcion de los mortales  
Por la atraccion de secular costumbre  
A su ignorancia primitiva vuelva  
Y á maldecir tu nombre se resuelva.

“Señor, impide con benigna mano  
Que en nuevo error América se anegue;  
Reconozca tu influjo soberano  
Y á tus altares con fervor se apegue:  
De tus prodigios el profundo arcano  
Desplega á fin de que ninguno niegue  
Que eres tú el Dios cuya temible diestra  
Senda feliz al que te adora muestra.

“Ya de tí diste en el Antiguo Mundo  
Señales milagrosas y sin cuento;  
Mas de una vez se estremeció el profundo  
Al contemplar allí su vencimiento:  
De tu favor el manantial fecundo  
Muestra, Señor; merecen un portento  
Que al cielo admire y á la tierra asombre  
“Tantas almas salvadas por tu nombre.”

De la angélica voz las armonías  
El eco blando en derredor acrece,  
Cual perfume vivaz que en las umbrías  
El áura inquieta susurrando mece:  
En la frente del Padre de los días  
El trigono de ciencia resplandece,  
Y el orbe suspendió su movimiento  
A la sentencia de su Dios atento.

Cuando una forma de dulzura llena,  
Bella, inefable, celestial divina,  
Del jardín de los cielos azucena  
De amor bañada en fuente cristalina;  
De más grato mirar que la serena  
Luz de la tarde cuando el sol declina,  
De más grato reir que el de la aurora  
Cuando los cielos su arrebol colora;

Forma que de los cielos el encanto  
Es y con todo el cielo se engalana;  
Forma divina cuyo tipo santo  
No percibió jamás la vista humana;  
Feliz esencia del dichoso llanto  
Que las ternuras del Eden hermana;  
Espejo de los ángeles se miran;  
Foco de luz de bienestar respira;

María en fin, que á tan suprema altura  
Su nombre solo por elogio basta,  
La rosa de Sion modesta y pura,  
La virgen de Belen amante y casta,  
En cuyo limpio seno de criatura  
Moró el Verbo de Dios, como se engasta  
Rico joyel entre labores de oro  
Realzando con el cerco su tesoro;

María, pues, al trono de su Hijo  
Vino á llevar la ofrenda de su ruego,  
Y el Empíreo tembló de regocijo  
Al palpar de su mirada el fuego:  
Humillada la faz así ella dijo  
En blando son de místico sosiego,  
Mientras en torno de ella los querubes  
Zona formaban de vivientes nubes.

“Ya que por fuerza de tu mano pia  
De la verdad se dilató la esfera,  
Concédeme, Señor, desde este día  
Que fecunde tan rica sementera;  
Y valga en pro de la plegaria mia  
Una de aquellas lágrimas siquiera  
Que hecho mi corazón de muerte osario  
Vertí al pié de tu cruz en el Calvario.

“Quiero sobre esa tierra afortunada,  
Donde fuiste tan prodigo de dones,  
Mi predilecta maternal mirada  
Tender y arrebatat los corazones;  
Y que esa gente á salvacion guiada  
Mi nombre en sus humildes oraciones  
Pronuncie siempre, porque así parezca  
Mejor y más de tu bondad merezcan.”

Dijo María, y todo el firmamento  
En silenciosa vibracion se agita  
Con el hondo confuso movimiento  
De un corazon que la inquietud escita:  
La paloma de Cristo como un viento  
Sobre el seno de Dios se precipita;  
El Trino quiso, y por ocultos modos  
El divino querer sintieron todos.

Que nunca con palabras se refiere  
La voluntad de Dios á ser alguno,  
Que es la palabra vibracion que muere  
Sin dejar de su son rastro ninguno:  
Mas cuando Dios espresa lo que quiere,  
Al ser diciendo de sus fallos uno,  
Esculpe los decretos de su ciencia  
Del mismo ser en la impalpable esencia.

Cumplida vió su peticion María,  
Y su bondad los ángeles cantaron;  
Se estremeció la tierra de alegría  
Y los mares de júbilo bramaron:  
Mas riquezas de luces aquel dia  
En el sol los mortales admiraron,  
Y tuvieron en tonos mas suaves  
Nuevas maneras de trinar las aves.

Con superior ornato de verdores  
Mostróse de la tierra el haz riente,  
Y movió sus cristales corredores  
Con mas dulzura la modesta fuente:  
El generoso cáliz de las flores  
Perfumes nuevos ofreció al ambiente,  
Que al resbalar entre las leves hojas  
Trocó en himnos sus flébiles congojas.

Mas ¡qué nube es aquella que bajando  
Del Tepeyac sobre la enhiesta cumbre  
En giro fácil y en descenso blando  
Los aires hinche de dorada lumbre,  
Y del sonoro cóncavo exalando  
Voz como de celeste muchedumbre,  
Con las lenguas de fuego que desata  
El alma tras los ojos arrebatá?

No fué sin duda tal ni tan hermosa  
La que de niebla y luz masa confusa,  
Del Sináí la cumbre peñascosa  
A las miradas de Judá rehusa:  
Sin duda es la mansion esplendorosa  
Do á la tierra descende. . . . Pero, Musa,  
No tan sin freno tu anhelar te arrastre;  
Sirva á tu vuelo la razon de lastre.

Cosas tan altas como al mundo cuentas,  
Que al espresarlas se estremece el labio,  
Nombres tan respetables como mientas,  
Que adora el justo y que venera el sabio,  
No así girando en cláusulas violentas  
Digas haciendo á tu humildad agravio,  
Sin que den á tu frase mal tegida  
Peso el respeto y la piedad medida.

Sol el asunto que sin fuerza cantas  
Es y eres tú voltaria mariposa,  
Y así á la esfera de tu sol levantas  
El atrevido vuelo presurosa?  
Así del ángel las palabras santas  
Y el celeste cantar repetir osa  
Con arpa humana y voz de criatura  
Tu atrevida y fantástica locura!

¡Así con mundanales devaneos  
La trama haciendo vas de tus canciones,  
Y mides á compás de tus deseos  
De Dios las soberanas perfecciones!  
Aunque lograras de cuarenta Orfeos  
Acumular en tí las concepciones,  
¿Cómo puede juzgar tu mente ciega  
Lo que concede Dios y lo que niega?

Cuenta y adora lo que viendo vayas  
Mientras aliento á tu cantar no falte,  
Tal como el nauta las remotas playas  
Observa y goza con su verde esmalte;  
Mas no al mortal las permitidas rayas  
Salves por mas que la ambicion te asalte,  
Ni osada intentes en vedado vuelo  
Icaro nuevo remontarte al cielo.

Que así como el tentado Adán no pudo  
Volver jamas á su primer morada,  
Donde el rubor lo contempló desnudo  
Y la inocencia lo dejó alarmada,  
Que del querub el llameante agudo  
Filo guardaba del Eden la entrada,  
Y la tierra á los hombres ofrecia  
Cardos que su sudor enternecia.

Así tampoco tú, númen profano,  
Ageno á los católicos fervores,  
Tú que gastaste tu vigor lozano  
En placeres y fútiles amores,  
No esperes que abra compasiva mano  
La fuente de los místicos favores  
Para tí, aunque con voces incesantes  
A Dios invoques y á su madre cantes.

Respetar los misterios de esa nube  
Que al Tepeyac desde la esfera baja:  
En su seno tal vez algún querube  
En pro del hombre con afán trabaja;  
Puede que sirva, si al Empíreo sube,  
A un bienaventurado de mortaja;  
Pero el milagro que á tu vista ofrece  
Respeto y no curiosidad merece.

Que, si pretendes ser águila altiva  
Las poderosas alas sacudiendo  
Y de las gracias en la vena viva  
La inspiración seráfica bebiendo,  
Verás cual tu soberbia te derriba,  
Y despeñada ruedas con estruendo  
Sobre la tierra, do sus cuerpos viles  
Arrastran perezosos los reptiles.

Reptil serás, como tu audacia hinchada  
Deponiendo, al sagrado no te acojas  
De la bondad divina y con templada  
Mano la rienda á tu altivez recojas:  
Haz que al son de la lira consagrada  
Vibren del árbol de la fé las hojas,  
Y en vez de hablar de altísimos arcanos  
Canta lo que perciben los humanos.

### CANTO III.

Sin firmeza de sólido cimiento  
Sobre la tierra de verdor desnuda  
Una serie de chozas tiene asiento,  
De ramaje ruin fábrica ruda,  
Recortando el azul del firmamento  
De sus techumbres con la arista aguda,  
Entre las cuales su espiral enreda  
Al subir del hogar parda humareda.

Con anchas hojas el maguey robusto  
Del suelo rompe los avaros senos,  
Y allí sus brazos al usado gusto  
Brinda de savia embriagadora llenos;  
Allí entristece con verdor adusto  
El nopal espinoso los terrenos,  
Y allí naturaleza nada cría  
Que brinde á los sentidos alegría.

Respeto los misterios de esa nube  
Que al Tepeyac desde la esfera baja:  
En su seno tal vez algun querube  
En pro del hombre con afan trabaja;  
Puede que sirva, si al Empíreo sube,  
A un bienaventurado de mortaja;  
Pero el milagro que á tu vista ofrece  
Respeto y no curiosidad merece.

Que, si pretendes ser águila altiva  
Las poderosas alas sacudiendo  
Y de las gracias en la vena viva  
La inspiracion seráfica bebiendo,  
Verás cual tu soberbia te derriba,  
Y despeñada ruedas con estruendo  
Sobre la tierra, do sus cuerpos viles  
Arrastran perezosos los reptiles.

Reptil serás, como tu audacia hinchada  
Deponiendo, al sagrado no te acojas  
De la bondad divina y con templada  
Mano la rienda á tu altivez recojas:  
Haz que al son de la lira consagrada  
Vibren del árbol de la fé las hojas,  
Y en vez de hablar de altísimos arcanos  
Canta lo que perciben los humanos.

CANTO III.

Sin firmeza de sólido cimiento  
Sobre la tierra de verdor desnuda  
Una serie de chozas tiene asiento,  
De ramaje ruin fábrica ruda,  
Recortando el azul del firmamento  
De sus techumbres con la arista aguda,  
Entre las cuales su espiral enreda  
Al subir del hogar parda humareda.

Con anchas hojas el maguey robusto  
Del suelo rompe los avaros senos,  
Y allí sus brazos al usado gusto  
Brinda de savia embriagadora llenos;  
Allí entristece con verdor adusto  
El nopal espinoso los terrenos,  
Y allí naturaleza nada cría  
Que brinde á los sentidos alegría.

La amarilla y escualida Pobreza,  
Vigilante al umbral de cada casa,  
Dobla de las fatigas la aspereza,  
Las fuerzas rinde y el sustento tasa,  
Y en alardes de indómita fiereza,  
Larga de males y de bien escasa,  
Hace del hombre con su torvo ceño  
Triste la vela y fatigoso el sueño.

Allí las formas que del busto humano  
Con blanda redondez y toques fieles  
En duro mármol la ingeniosa mano  
De Fidias reprodujo y Praxiteles,  
Con la tortura y el rigor tirano  
De fatigas continuas y crueles  
Difieren como cedro de retama  
Del bello cánon que al artista inflama.

La enjuta cadavérica mejilla  
Que el anguloso pómulo sombrea,  
El ojo que en su cuenca incierto brilla  
Y con débil mirada titubea,  
La cabellera que la frente orilla  
En profusion enmarañada y fea  
Y con yerta guedeja la sien cubre,  
Todo miseria y abyeccion descubre.

La inteligencia, rayo peregrino  
Del padre de las cosas emanado,  
Perdido allí su resplandor divino  
Resbala por el cérebro embotado  
Sin que en él halle de brillar camino,  
Como una luz que en el cristal helado  
De cenagoso estanque se refleja  
Y rastro en él de su vibrar no deja.

¿En qué piensa esa gente combatida  
Por los rigores de la aciaga suerte?  
¿Qué dicha en su existencia carcomida,  
Qué blanca flor en su camino advierte?  
Espulsos del banquete de la vida,  
Negados al abrazo de la muerte,  
¿Qué tiene que esperar para mañana  
Ese tizon de la desdicha humana?

¿Por qué quieren vivir? Su vida es esa  
Y esa siempre ha de ser. ¿Por qué prefieren  
Al tranquilo reposo de la huesa  
La negra angustia en que gimiendo mueren?  
¿Tal vez los tiros de la suerte aviesa  
Nunca en el blanco su esperanza hieren,  
O se niegan las peñas intratables  
A quebrantar sus frentes miserables?

¿Niega á sus cuerpos el vecino lago  
Tumba insegura de movable arena?  
La tempestad cuando con rudo amago  
Del Anahuac los límites atmena,  
¿Por qué no asalta con feroz estrago  
A esos que el mundo á padecer condena,  
Y de sus chozas que el nopal oculta  
En los leves escombros los sepulta?

Mas felices serian, que la parca  
Amiga faz en sus rigores muestra  
A quien su impura é indeleble marca  
Grabó en la frente del dolor la diestra;  
Para quien es cuanto su vista abarca  
Campo de duelo y de afliccion palestra,  
Y la esperanza un erial privado  
De cuanto brinda al corazon agrado.

Mas no.... ¡Silencio! No con maldiciente  
Lengua infamemos lo que Dios permite,  
Por mas que el espectáculo doliente  
De la miseria el corazon irrite:  
No en laboriosa resignada frente  
Nuestra palabra el desaliento escite,  
Ni á la miseria que bendijo el cielo  
El suicidio ofrezcamos por consuelo.

¿Sabes acaso, inteligencia osada,  
Que mas allá de tu mézquina esfera  
Hay un ser que la máquina agitada  
De la fortuna templea en su carrera,  
Y que en esa que ves pobre morada,  
Que una llovizna deshacer pudiera,  
Cabe mas dicha en reducido espacio  
Que en los salones del mayor palacio?

Es la Piedad incomparable amiga  
Que se calienta en el hogar del pobre,  
Y el puro afecto que en su seno abriga  
Traslada en él para que dichas obre,  
Y la oracion los ánimos mitiga  
Por mas que en ellos el despecho sobre,  
Cual la aridez benéfico destierra  
Abono pingüe en esquilhada tierra.

Esa gente que veis es ya cristiana;  
Bajó la luz sobre su frente y vieron,  
Y de Dios en la fuente soberana  
Consuelos mil con avidez bebieron:  
La esperanza esas almas engalana  
Que los abrojos de la vida hirieron,  
Cuando con santa mansedumbre imploran  
Al que dijo: ¡Benditos los que lloran!

Ayer de un Dios informe y sanguinario  
Goteaban con sangre los altares,  
Y era su templo detestable osario  
Henchido de osamentas á millares:  
Hoy la víctima augusta del Calvario  
Da con su amor consuelo á los pesares,  
Y respondiendo á su plegaria pia  
Los tesoros del bien al hombre envía.

Por eso el macehual infortunado  
De sus desdichas el rigor tolera,  
Que es su existencia un paso, y este dado,  
Tras él las glorias del Eden espera:  
Purgan las privaciones su pecado,  
Y los abrojos de la suerte fiera  
No turban de su espíritu la calma,  
Herido el pié, pero gozosa el alma.

¿Veis ese pobre indígena? En su vida  
Día no hay que privacion no cuente,  
Y morirá mañana en su guarida  
Como muere en el surco la serpiente:  
Pues bien, en esa alma que Dios cuida,  
Pequeña al parecer, triste y doliente,  
Mas alegría y bienestar se encierra  
Que en las vuestras, felices de la tierra,

Antes en su ignorancia vejetaba  
Como el hongo en el suelo: de su pecho  
Ninguna aspiracion se levantaba  
A esclarecer su porvenir estrecho.  
A su cansada vista presentaba  
La vida un erial, la tumba un lecho,  
Do en la paz de la nada dormiría  
Y nunca ensueños de dolor tendría.

Era en su alma la virtud divina  
Planta salvaje sin olor ni riego;  
Su esperanza romero que camina  
De espeso bosque en el recinto ciego,  
Y entre punzantes matas peregrina,  
Y mas tupidas las encuentra luego,  
Y nunca á sus miradas se revela  
El fin que busca ni la luz que anhela.

Lloraba alguna vez sin que pudiera  
Adivinar los méritos del llanto,  
Que nunca vió promesa placentera  
De eterno bienestar en su quebranto:  
Oraba alguna vez sin que supiera  
A quién su ruego dirigir, y en tanto  
Del tiempo inestable, á la sazón prevista  
El instante llegó de la conquista,

Y el indígena vió como humillaba  
El antiguo señor su hueste fiera  
Ante una gente estraña que llegaba  
De aspecto altivo y condicion guerrera,  
Y como por do quier con fuerza brava  
Atiza Marte su voraz hoguera,  
Y como al aire desplegado brilla  
El morado estandarte de Castilla.

Y vió de las deidades nacionales  
Sembrados los fragmentos por el suelo,  
Cual lanzan los torrentes invernales  
Por el campo pedazos de su hielo:  
Y morir de su culto las señales  
Vió sin sentir quebranto ó desconsuelo,  
Que poco que cayese le importaba  
Un Dios que alivio á su penar no daba.

Las ceremonias vió del culto nuevo  
Y de la nueva Cruz los esplendores,  
Y el macehual, á la sazón mancebo,  
Sintió á su vista místicos amores;  
Dió de la gracia el cariñoso cebo,  
Miel á su labio de celestes flores,  
Y cayó como luz en el abismo  
Sobre su frente el agua del Bautismo.

Las máximas oyó de la doctrina  
Que el Verbo Eterno á los mortales dijo,  
Leccion de amor que nadie por divina  
Pudo decir sino de Dios el Hijo:  
Leccion cuya palabra determina  
En las almas profundo regocijo,  
Y en ellas hace con fecunda vena  
Dulce el llanto y benéfica la pena.

Vió de la misa el sacrificio santo  
Renovado á sus ojos cada día,  
Ceremonia que al reino del espanto  
Atormenta con cólera sombría;  
Sintió de las palabras el encanto  
Que en el púlpito el preste le decia,  
Y de Dios el espíritu á su mente  
Bajó y de dudas despejó su frente.

Y amó la religion que le ofrecieron,  
Y dirigió fervientes oraciones  
Al Dios que los mortales espusieron  
Clavado en una cruz entre ladrones:  
Y de los justos que en la tierra fueron  
Modelos de cristianas perfecciones  
Se esforzó en imitar la santa vida  
Abstinentes, devota y recogida.

Y vió su celo Dios, y del asiento  
Do lo contemplan los celestes coros,  
El ósculo de paz con cuyo aliento  
Blando se enjugan los humanos lloros  
La envió, luz de celestial contento,  
Bien superior á todos los tesoros,  
Y por eso en angélico sosiego  
Dura feliz el alma de Juan Diego.

En union casta de su esposa al lado  
En el humilde Tulpetlac vivía,  
Haciendo mas remiso que agravado  
Y malestar comun la compañía:  
Allí de las molestias separado  
Que ofrece el mundo en su espinosa vía,  
Escatimaba en su miseria dones  
Con que atraer agenas bendiciones.

Blandas y dulces sus palabras eran  
Como miel de aromático romero,  
Nunca en sus ojos destellar se vieran  
Llamas de envidia ni furor artero,  
Tranquilo como roble que no alteran  
Airados vientos, manso cual cordero,  
A su Criador oraba cada dia,  
Y Dios afable su oracion oia.

Y aun antes que la plácida alborada  
Bordase el cielo con sus rosas bellas,  
Cuando en frio vapor su luz velada  
Titilaban medrosas las estrellas,  
A México por ruta acostumbrada,  
Cien veces ya cubierta con sus huellas,  
Iba Juan Diego á su deber atento  
A presenciarel sacrificio incruento.

En la mañana de apacible dia,  
Grande y feliz del mundo en los anales,  
Juan Diego á Tlaltelolco dirigia,  
Como siempre, sus pasos: los breñales  
Del Tepeyac contaban de la via  
La estensa línea en lomos desiguales,  
Y en medio de ellos pavoroso risco  
Semejaba fantástico obelisco.

Y siempre que á la vista de Juan Diego  
El áspero peñon se presentaba,  
Bajos los ojos, fervoroso ruego  
Al Dios que le indicaron levantaba:  
Que antes en aquel sitio el error ciego  
En forma horrible entronizado estaba,  
Y un templo de sangrienta idolatría  
Allí su mole pavorosa erguía.

Trasmontaba el indígena contrito  
El solitario cerro, y diligente,  
Tras la erizada ceja de granito  
Había dejado el luminoso oriente;  
Cuando un portento raro é inaudito  
Sus pasos atajó, movió su mente,  
Y dió tal nombre á aquellas soledades  
Que no será olvidado en las edades.

Del aire la quietud súbito altera  
Grato raudal de célica armonía;  
Responde en ecos de placer la esfera  
Teñida ya con el fulgor del día:  
Adelántase el sol en su carrera;  
La tierra se estremece de alegría;  
Luz milagrosa al Tepeyac descende,  
Y nueva aurora en su confin enciende.

Daban aquella luz y aquellos sonos  
Goces para el mortal desconocidos;  
Placer á cuyas gratas perfecciones  
Jamás se abandonaron los sentidos:  
De Juan Diego á las dulces emociones  
Los ojos á la vez y los oídos  
Tienen atentos en sabrosa calma  
Paralizado el cuerpo, absorta el alma.

Conoció en el instante que aquel bello  
Haz de luz y la grata melodía  
Eran de Dios altísimo destello  
Que sus favores á la tierra envía:  
En su humillada frente santo sello  
De temor religioso se veía,  
Y conmovido el corazón, no osaba  
Hollar el suelo que su Dios miraba.

Un iris de magníficos colores  
Desplegóse á sus ojos de repente,  
Asentando en celages brilladores  
Su coruscante curva: mansamente  
Como voz de Favonio entre las flores,  
Una voz de mujer hirió el ambiente,  
Y sus alas los zéfiros plegaron,  
Y las aéreas místicas cesaron.

Era una voz aquella que el oído  
Con dulcísimo timbre regalaba,  
Y al pliegue más profundo y escondido  
Del alma sin esfuerzo penetraba:  
Voz que jamás en su repuesto nido  
Con son tan bello el ruiseñor lanzaba,  
Y ni logró, siquiera en leve parte,  
Sentir el gusto ó remedar el arte.

“Dónde vas hijo mio?” con acento  
De sublime simpática ternura  
Dijo la voz. Desde el profundo asiento  
Estremeciósela montaña dura,  
Y Juan con obediente movimiento  
A la cumbre que viva luz fulgura,  
Tornó, sintiendo en éxtasis de amores  
Dentro del pecho el corazón temblores.

Y al levantar sus ojos, con humana  
Forma, si bien con magestad divina,  
Amable cual la luz de la mañana  
Cuando la sombra del zenit declina,  
La Emperatriz del cielo soberana  
A su vista en mitad de la colina  
Se presentó, llenando con sus huellas  
Del calvo monte la estension de estrellas.

Era su manto compendiado cielo,  
Estrellado su azul de fina plata;  
Bajo sus plantas, sin tocar el suelo,  
El arco de la luna se dilata:  
Bella aureola que en copioso vuelo  
De rayos de colores se desata,  
En contorno los aires ilumina,  
Marco precioso á forma tan divina.

¡O torpe musa mía, que avezada  
A cantar las bellezas de la tierra,  
No sabes la beldad inmaculada  
Que la celeste aparición encierra,  
Celebrar! Que por mas que fatigada  
Luchando estés con tu anhelar en guerra,  
¿Qué notas podrás dar al arpa mía  
Tan dulces como el nombre de María?

¿Cómo podrá la mente del poeta  
Hallar camino para empresa tanta?  
¿Quién á medida terrenal sujeta  
Perfeccion que á los ángeles encanta?  
¿Quién con humanas voces interpreta  
Lo que solo de Dios la lengua santa  
Puede decir? Mi mezquindad deploro;  
Mas me vence el temor: callo y adoro.

Silencio! adoracion! eso nos toca  
A nosotros, mortales de este suelo!  
Bese la tierra la profana boca  
Ante la augusta magestad del cielo!  
Para decir la palabra es poca,  
Tibia la inspiracion, menguado el celo;  
No del respeto el valladar quebrante  
Mi voz; calle el mortal, y el ángel cante.

Baste decir que la vision aquella  
Que apareció, á Juan Diego en su camino,  
Puerta del cielo, milagrosa estrella  
De los mares, lucero peregrino  
De la mañana, fuente do destella  
Toda la gracia del amor divino,  
Todo el reflejo del eterno día,  
Era de Dios la madre, era María.

María en cuyo nombre bienhadado  
De todo bien la perfeccion se nombra,  
Desterrando del cielo dilatado  
Con su presencia la menguada sombra,  
Y ofreciendo á su planta el abrasado  
Querubin del Señor viviente alfombra,  
Con voz que goza en escuchar su hijo  
Estas palabras á Juan Diego dijo.

“Dónde vas, hijo mio muy querido?”  
Y al escuchar el celestial acento,  
El flaco corazon robustecido  
De la inocencia por el noble aliento,  
Dijo el indio: “Señora, dirigido  
A Tlaltelolco va mi rumbo, y siento  
Que lejano su término aparece,  
Y el tiempo falta y la impaciencia crece.

“Allí voy á escuchar esplicaciones  
De leyes inmutables y sagradas,  
De altísimos misterios, por varones  
De docta lengua á mi rudeza dadas:  
Mi humildad se complace en las lecciones  
Por ellos dichas y por Dios dictadas;  
Voy á gustar de la verdad los bienes;  
Vé si otra cosa que mandarme tienes.”

“Hijo mio, con rostro placentero  
La Virgen respondió, yo soy María,  
La inmaculada madre del Cordero  
Que abrió á los hombres la celeste vía;  
Para morir pendiente del madero  
De la cruz, de mi seno salió un día  
El Santo de los Santos, cuyo nombre  
Repite el ángel y venera el hombre.

“Quiero que en este sitio se me eleve  
Templo, do estable mi favor resida,  
Templo bendito que mi nombre lleve  
Y do luzca mi imágen: tan cumplida  
Merced daré, tal bien haré que pruebe,  
Al que me implore aquí con fé rendida,  
Que las naciones con celoso espanto  
Dirán que no por todas hice tanto.

“Quiero que el Tepeyac afortunado  
Porque en mi nombre convertido sea  
En tienda de salud donde apenado  
Acuda siempre el que suspire y crea;  
Que aquí, cual en turibulo sagrado  
Arder incienso de oracion se vea,  
Y estén siempre por altas bendiciones  
Subiendo preces y bajando dones.

“Yo soy la madre del amor divino  
Que sobre el mundo ya bondad derrama;  
Yo abrevio de los males el camino  
Y alegre el corazon de quien me ama:  
Por eso en este suelo peregrino  
Do encender quiero de mi amor la llama,  
Voy á estender mi manto de consuelo,  
Voy á sembrar la bendicion del cielo.

“Yo enjugaré los llantos del que lllore  
Y aliviare las penas del que pene;  
Ninguno habrá que con fervor me implore,  
Que en santo gozo el corazon no llene:  
Yo impediré al incendio que devore  
Vuestro hogar, que los aires envenene  
Con su aliento letal la peste impía,  
Y que abraze las campos la sequía.

“Yo atenderé á la voz del que me llame,  
Y al ruego accederé del que me ruegue,  
Y nadie habrá que dolorido clame  
Gracia pidiendo que mi amor le niegue;  
Yo haré que nunca con astucia infame  
La falsa ciencia vuestros ojos ciegue,  
Y haré que conserveis en pura calma  
Sencillo el corazon, tranquila el alma.

“Vé, pues, ó mensajero afortunado  
Para tan altos fines elegido,  
A México; refiere á su prelado  
Todo cuanto aquí has visto y has oido;  
Harás en ello cosa de mi agrado,  
Y mi favor por ello tan cumplido  
Tendrás, que de tu vida transitoria  
Al mundo dejarás santa memoria.”

Dijo. El Indio con ósculo piadoso  
Sellando aquella tierra consagrada,  
El labio yerto, el corazon medroso,  
Y de terror el ánima embargada,  
Calló y obedeció: pronto el penoso  
Camino dejó atras, y ya en la entrada  
De México el cansado pié ponía  
Finada el alba, en plenitud el día.

CANTO IV.

Entre los seres de furor y llanto  
Que en el abismo de la eterna pena  
En espinoso lecho de quebranto  
La hiel de sus recuerdos envenena,  
Y en cuyo oído con rabioso espanto  
Aún la voz de Miguel airada suena;  
Entre aquellos espíritus que un día  
Al Infierno lanzó su rebeldía;

Hay uno sobre todos peligroso  
Para el mortal que á su consejo atiende,  
Y afecta por su influjo tenebroso  
Buscar verdad y á la verdad ofende:  
Estingue con su soplo pavoroso  
La luz de fé que la piedad enciende;  
Hielo es su corazón; su lengua es muda  
Y el Demonio lo llaman de la Duda.

Genio sombrío, por secuaces cuenta  
Al rudo Tedio, al Desconsuelo triste;  
Siempre á su lado la Impiedad se asienta;  
Siempre la Argucia con fervor le asiste:  
Nunca su ser al ánimo presenta,  
Ni de apariencia material se viste,  
Ni hombre alguno jamás con miedo vago  
Sintió su golpe ni esquivó su amago.

No es él el que con soplo envenenado  
El voraz fuego de la guerra atiza,  
Cuando devasta el ópimo sembrado  
Y trueca las ciudades en ceniza:  
No es él quien con semillas de pecado  
Las fuentes de la vida esteriliza,  
Derramando en la atmósfera celeste  
Átomos mil de asoladora peste.

No es él el que del hombre las miradas  
Enciende con relámpagos de ira,  
Ni el creador de esas fábricas doradas  
A que incansable la ambición aspira:  
No es él quien al anciano de apagadas  
Pasiones sed de atesorar inspira;  
Ni quien las artes de la paz destruye,  
Ni al amor los placeres sustituye.

Es algo mas. Su nombre lo define  
Mejor mil veces que el discurso mio,  
Por mas que en frases de dolor combina  
Males, llantos, horror, ira y hastío;  
Daño no hay que de él no se origine  
Cual de una fuente se origina un rio,  
Éste bramando en caudalosas venas,  
Aquella escasa y murmurando apenas,

Él fué de los rebeldes el primero  
Que aconsejó á Luzbel su rebeldía,  
Que del Empíreo el fúlgido lucero,  
Astro apagado del eterno dia,  
Al ver su perfeccion dudó altanero  
De si tan dios como su Dios seria,  
Y del orgullo con la infausta ayuda  
Principio fué de su dolor su duda.

Él es el que del niño en la existencia  
Tuerce el camino y dificulta el paso,  
Marchitando la flor de su inocencia  
De la ignorancia en el corrupto vaso,  
Estraviando su infantil conciencia  
Tras un fanal de resplandor escaso,  
Que aunque envuelto en maléfica humareda,  
Al puro sol de la verdad remeda,

Él es el que la mente de los sabios  
De la senda del justo descarria,  
Y hace que mojen sus sedientos labios,  
De amarga duda en la corriente impía:  
Él engañosa máquina de agravios  
A la razon del afligido envía,  
Y le hace prorumpir en son de queja:  
¡No es Dios el Dios que padecer me deja!

Él durmió en las entrañas de Lutero  
Y alimentó los sueños de Calvino;  
De Arrio con el espíritu altanero  
El lábaro atacó de Constantino;  
Por él el ateismo sordo y fiero,  
Cual ceraste emboscado en el camino,  
Las plantas muerde del creyente armado  
Por la gracia de Dios contra el pecado.

Él atormenta en su oracion al santo,  
Turba en su soledad al cenobita,  
Y escuchan su murmullo con espanto  
El templo, la pagoda y la mezquita:  
Tras su huella infernal sin voz ni llanto  
Va la blasfemia y el furor se agita;  
Aquella maldiciones atesora,  
Y ésta su mismo corazon devora.

Él se introdujo en el becerro de oro  
Que al pié del Sina veneró el Hebreo,  
Danzando al son del crótalo sonoro  
Ante aquel rico é infernal trofeo:  
De descontento en bullicioso coro  
Trocó escitando su fatal deseo  
Aquella muchedumbre dirigida  
Por Dios hácia la tierra prometida.

Él á la luz del superior arcano  
Ciego vapor de escepticismo o pone,  
Y rabiosa blasfemia de Juliano  
Él en los labios aspirantes pone:  
Él en el alma inquieta del tirano  
Trama impalpable de rigor compone;  
De Pilatos y Anás entró en el seno,  
Y puso en una cruz al Nazareno.

De Satan el espíritu querido  
Es y siempre á su diestra se coloca;  
No turban su silencio desabrido  
Ay lamentable ni blasfemia loca:  
De falso amor y austeridad vestido,  
Su mano, que marchita cuanto toca,  
Halagos miente aunque la muerte envíe;  
Su boca en vez de maldecir sonríe.

Viendo este ser que combatido estaba  
El tenebroso rey de saña impía,  
Al mirar que sus planes trastornaba  
La piedad inefable de María,  
Los ojos levantando en que brillaba  
Profunda y melancólica ironía,  
Llenando á Satanás de regocijo,  
Así el demonio de la duda dijo.

“¿Y eres el ángel tú que eternamente  
Encadenado en los tartáreos lechos,  
Alzas aún la fulminada frente  
Y contra Dios reclamas tus derechos?  
No que en inútil cólera doliente  
Tu audacia se trocó; miro deshechos  
Los lazos de tu indómita energía,  
Y ser vencido quien vencer debía.

“Tú en otro tiempo tan sagaz con Eva,  
Tan altivo al bajar desde tu altura,  
Tú cuya eterna saña siempre nueva  
A los sumisos ángeles apura,  
Tú cuya furia por poner á prueba  
Con la tierra el Empireo se conjura,  
Así prescindes de la antigua gloria  
Y das á tu enemigo la victoria!

"No, rey de las tinieblas; no el desmayo  
Rinda tan pronto tus ardientes bríos,  
Aunque vieras de Dios bajar el rayo  
Cruzando del espacio los vacíos.  
De mis ocultas armas un ensayo  
Déjame hacer. Por los consejos míos  
Mucho en la tierra conseguirte puedo:  
Me oye la ciencia y me obedece el miedo.

"Vé, pues, dijo Satan, ó de mi trono  
La mas sólida basa: marcha y obra  
Conforme á mis designios: el encono  
Que inútilmente en mis entrañas sobra  
Te trasmito: tus artes en mí abono  
La victoria me ofrecen: vé y recobra  
Lo que he perdido entre la humana gente  
Por esa vírgen que pisó mi frente."

Dijo, y el tenebroso consejero  
De su lado partió. Voló á la tierra,  
Y al sentirlo un gemido lastimero  
Cuanta criatura creacion encierra  
De terror exaló. Cesó el ligero  
Viento de hacer al bosque mansa guerra,  
Cubrióse el cielo con cendal sombrío,  
Movi6 sus ondas quejumbroso el río.

Y el reprob6 entretanto caminaba  
De impalpable vapor sobre una leve  
Niebla, tal que la vista desafiaba  
A descubrir lo que en su centro embebe;  
El sol, que ya en Oriente se mostraba,  
Su crin en vano á deshacerla mueve,  
Que está formada de infernal aliento,  
Y no la vencen ni el calor ni el viento.

Leguas así con profusion salvando  
Del aire por los piélagos navega,  
Y el remontado vuelo moderando  
Sobre el palacio del obispo llega:  
Allí el vapor, su masa disipando,  
En vórtice invisible se despliega,  
Y cunde por la tierra de tal suerte  
Que cada átomo suyo es una muerte.

El infernal ministro en la morada  
Del prelado penetra: blandamente  
Se iusinúa en los ánimos: turbada  
Cede á su oculta persuasion la mente,  
Sin que revele sus influjos nada,  
Sin que nada á la vista lo presente,  
Que venenos al alma dirigidos  
Al alma van mejor que á los sentidos.

¿Quién contará la máquina de engaños  
Que forjó el enemigo en un instante?  
¿Quién contará las iras y los daños  
Que en los suyos sembró? Nadie. Triunfante,  
Ya conseguido el fin de sus amaños,  
Al Báratro volvió, y en su semblante  
Un rayo de fatídica alegría  
Brilló al entrar en la mansion sombría.

Y cierto fué que á cuanta varia gente  
Abrigo dió la episcopal morada  
Cundió por varios modos de repente  
Una ignota malicia depravada:  
La muchedumbre que antes obediente  
Guardaba el paso sin cerrar la entrada,  
Tornóse chusma descortés y fiera,  
Sarcástica, viciosa y altanera.

Y el mismo piadosísimo prelado,  
Que siempre en celo religioso ardía,  
Sintió en sabrosos lazos de pecado  
Presa del pensamiento la energía:  
Ya no, cual antes, al rigor atado  
Que su árduo ministerio le imponía,  
Sintióse, dando á su tibieza ayudas  
Vagos recelos y profanas dudas.

Recelos que en el alma se cruzaban  
Cual fuegos fatuos de dudosa lumbre,  
Dudas que el pensamiento sofocaban  
En confusa indecisa muchedumbre;  
Vagas ideas que entre sí lidiaban,  
Cual sombras que dibuja en la techumbre  
De un solitario y tétrico aposento  
Una lámpara escasa de alimento.

Tropel de cavilosas impresiones  
Que no dan convicción, pero que aterran,  
Que llenan de pavor los corazones  
Y la paz de los ánimos destierran;  
Que despiertan malélicas pasiones,  
Que todo un mundo de amargura encierran,  
Y que hacen de sí mismo con agravio  
Llorar al justo, estremecerse al sabio.

Siempre Juan de Zumárraga (tal era  
El nombre que al prelado distinguía)  
Por sabio y justo respetado fuera  
Y nunca su renombre desmentía;  
Mas ahora, al sentir la lucha fiera  
Del tentador espíritu, tenía  
Con rostro melancólico y acedo  
Llanto en los ojos y en el alma miedo.

¿Quién podrá penetrar en el repliegue  
Mas profundo de un alma pecadora?  
¿Quién deshacer del corazón un pliegue  
Para inquirir las penas del que llora?  
¿Quién logrará sin que su luz lo ciegue  
Hallar la ciencia que por alta adora,  
Y decir parodiando al Infinito:  
Aquí está la inocencia, allí el delito?

Dios, solo Dios. Él mueve desde el cielo  
Las llaves de la ciencia y la justicia,  
Administra la pena ó el consuelo  
Y mide la inocencia ó la malicia:  
De los misterios íntimos el velo  
Penetra, de los llantos la primicia  
Cobra, y es desde el átomo hasta el hombre  
Norma del bien su soberano nombre.

¡A cuanto sér acosa la desgracia  
Consuela con su inmenso poderío,  
A las sedientas almas con la gracia  
Y á la sedienta flor con el rocío:  
Él colma con benévola eficacia  
Del bien ó el mal la copa á su albedrío;  
Carga en la nube la feroz tormenta;  
Manda á Luzbel que tienta cuando tienta.

Porque del justo la mortal congoja  
Por astucia diabólica tentado  
Cuando el Eterno á combatir le arroja  
Es cosa digna del supremo agrado:  
El alma queda así cual fina hoja  
De oro en crisol de tentacion probado;  
El parabien de su conciencia escucha,  
Y recibe la palma del que lucha.

Así el prelado combatiendo estaba,  
Luchador ante Dios, contra el oculto  
Enemigo que en su alma se albergaba  
De su piedad con manifiesto insulto;  
Enemigo que nunca presentaba  
Respuesta á la razon ni al golpe bulto,  
Serpiente que el veneno introducía  
Y el mortal agujon no descubría.

Y cual buque llevado por la ciega  
Fuerza tenaz del viento ó del destino,  
Del ancho mar por la estension navega  
Roto el timon y desgarrado el lino,  
Y de las olas la continua briega  
Lo empuja por incógnito camino,  
Hasta que choque y á romperse vaya  
En duro escollo ó en amiga playa;

O como un ave que esforzando el vuelo  
A su nativa tierra se retira,  
Y al llegar derribada por el suelo  
La vieja torre do habitaba mira,  
Que con voz de profundo desconsuelo  
Enderredor de los escombros gira,  
Sin alejarse del hogar querido  
Donde otros años construyó su nido.

Tal el prelado receloso y triste,  
Viendo que su piedad peligro corre,  
Ora atiende á la duda que la embiste,  
Ora esfuerza la fé que la socorre,  
Y cual fanal que al caminante asiste,  
Sin que la huella de su luz se borre  
Por deusa niebla ó por borrasca impía  
Del mundo al fiel entre los mares guía.

Mientras el docto preste se afanaba  
Por esquivar el laberinto ciego  
De su razon, solícito llegaba  
A la mansion episcopal Juan Diego  
Y hablar con el prelado deseaba:  
Concediósele el paso desde luego,  
Y postrado á las plantas del anciano  
Así habló reverente el mexicano.

“Padre y señor, mensaje de ventura  
Mi rudo labio encomendado tiene,  
Y aquí por orden de la Virgen pura  
Tu humilde siervo á repetirlo viene:  
Tal vez, señor, mi tosca vertidura  
A la mision que traigo no conviene  
Y á las palabras que mi voz repite  
Crédito digno mi rudeza quite.

“Que tales ellas son y de tal boca  
Para bien de nosotros emanadas,  
Que no por voz humana ser les toca  
Dichas, sino por ángeles cantadas:  
Mas la obediencia mi humildad sofoca,  
Que al hollar con mi planta estas moradas,  
Fuerza divina encaminó mis pasos  
Y abre mis labios de elocuencia escasos.”

Dijo el indio, y refiere de seguida  
La historia del suceso peregrino  
Por el que á su alma en el dolor sumida  
Descendió un rayo del favor divino;  
Cómo de luz y magestad vestida  
La Virgen se interpuso en su camino;  
Su bondad, sus promesas, su mandato,  
Y así concluye su veraz relato.

“El cielo, padre, que al humilde elige  
Y con su voz mi corazón renueva,  
Me mandó que os dijera lo que os dije  
Mi fe poniendo á milagrosa prueba:  
Prueba, señor, que á la verdad me aflige  
Por verme indigno de merced tan nueva;  
Mas la señora cuyo nombre alabo  
Habló ante mí y obedeció su esclavo.”

Así acabó Juan Diego. Mudo, atento,  
Con inquieta tenaz melancolía  
Zumárraga entretanto el aposento  
A largos pasos sin compas media:  
Ya se paraba inmóvil, ya á su asiento  
Con recelosa indecision volvía,  
Ya apresuraba el vacilante paso  
De aquella estancia en el recinto escaso.

Ya observa en el semblante de Juan Diego  
La luz de inspiración que lo animaba;  
Ya siente que perturba su sosiego  
Duda tenaz que su aguijón le clava:  
Ya de la fe lo vivifica el fuego;  
Ya la inquietud sus pensamientos traba;  
Ya escuchar un milagro se figura,  
Ya una torpe ridícula impostura.

Y era que su alma, como flor marchita  
Por un reptil de ponzoñoso diente,  
Que ni su cáliz aromoso agita  
Ni el sol la tiñe con matiz riente,  
El tósigo fatal que con maldita  
Lengua introdujo el enemigo sienta  
Dentro de sí, que su razón anuda  
Con fuerte lazo la tartárea duda.

¡Fé, luz del corazón, fanal divino  
Que en los revueltos mares de la vida  
Aplacas las tormentas del destino  
Y de la paz la senda apetecida  
Muestras, al hombre triste peregrino  
Encaminando á la feliz guarida  
Do ningún duelo nuestro bien altera,  
Ni el tiempo corre ni la muerte impera!

¡Fé, destello de Dios! ¿Por qué faltabas  
De la turbada mente del prelado?  
¿Por qué en ardua fatiga lo dejabas  
Con amarga inquietud atormentado?  
¿Por qué de duda con penosas trabas  
Tuviste así su corazón atado,  
Y no dijiste á su razón sedienta;  
Voz es de Dios la que milagros cuenta?

Era porque el arcángel tenebroso  
Que errores siembra y lágrimas recojo  
No dejó en vano su recinto odioso  
Y el negro fruto de su afán ya coje:  
El consigue sagaz y artificioso  
Que el alma á quien ataca se despoje  
Del afecto divino que la inunda  
Y en hondo abismo de impiedad se hunda,

Con sus ataques fatigó al prelado,  
Y él en virtud de superior desnudo  
Lo resistió pujante y denodado  
Sin conocer vacilación ni miedo;  
Mas el maligno tósigo infiltrado  
¿A quién no deja el corazón acedo?  
¿Quién la voz infernal en vano escucha?  
¿Quién sino Dios sin fatigarse lucha?

En vano así de su furor la flecha  
Lanzó el demonio del prelado al alma,  
Que no abrió aquel en sus virtudes brecha  
Y éste del triunfo mereció la palma;  
La palma mereció; pero deshecha  
Vió en tal punto del ánimo la calma,  
Y comenzó con pernicioso modo  
A sospechar de todos y de todo.

¿No habeis tenido en vuestra vida horas  
Llenas de horror y de piedad vacías,  
Preñadas de memorias roedoras,  
De imágenes aciagas y sombrías;  
Hebras que con sus manos destructoras  
Mezcló el Tiempo en la trama de los días,  
Que la paz del espíritu destruyen  
Y la esperanza celestial escluyen?

¿Horas, no habeis tenido en que se viste  
Con fúnebre capuz el mundo entero,  
En que la angustia el corazón embiste  
Como embiste al viandante el bandolero;  
En que todo está mudo, seco, triste,  
Como un jardín que despojó el Enero,  
Y en que nos niegan con rencor odioso  
La tumba paz, la eternidad reposo?

Es porque en esas horas del Infierno  
Un genio sale y á nosotros viene,  
El genio de la duda que en lo interno  
De nuestra mente su morada tiene;  
No hay en nosotros sentimiento tierno,  
Sublime aspiración que no envenene,  
Y al sello de candor que Dios impone  
Glacial *quién sabe* en nuestro labio opone,

Y la Virgen en vano en su retiro,  
Y en vano en su caverna el cenovita  
Esquivar quieren el dañoso tiro  
De tentacion que su conciencia irrita:  
La tentacion, mas blanda que un suspiro  
Heridas hace que ninguno evita:  
Triunfará el justo, mas con pena mucha,  
Que solo Dios sin fatigarse lucha.

Por la gracia de Dios triunfó el prelado;  
Mas como aquel que triunfa de un veneno,  
Y queda, aunque con vida, quebrantado,  
Febril la frente y dolorido el seno,  
Así quedó su espíritu en estado  
De postracion y de congojas lleno,  
Irresoluto, tímido, sombrío,  
Pronto á la duda y á la fé tardío.

Por eso mientras el indio refería  
Los detalles del caso milagroso,  
El atento prelado contraía  
En pliegues mil el ceño caviloso;  
Y vencedora tras tenaz porfia  
La duda de la fé, con desdeñoso  
Tono el relato terminó con esta  
Dura cuanto lacónica respuesta.

“La Virgen que á Dios tuvo en sus entrañas  
Eso y aun mucho mas hacer pudiera;  
Maravillas se han visto mas estrañas  
Cuyo recuerdo la piedad venera;  
Mas no es razon tampoco que á patrañas  
Que el mas menguado referir pudiera  
Dé crédito la Iglesia de repente  
Sin mas que haber un hombre que las cuente.

“Vuélvete, pues, á tu labor, que luego  
Que yo de tiempo esté menos escaso  
Dedicarme podré con mas sosiego  
A ver qué ofrece de verdad el caso.”  
Esto dijo Zumárraga, y Juan Diego  
Hacia su pueblo revolviendo el paso,  
Salió la faz cubierta de sonrojos  
Y anegados en lágrimas los ojos.

Y apenas él desalojó la pieza,  
Zumárraga sintió remordimiento  
Por la tenaz incrédula dureza  
Que mostró al escucharlo: descontento  
De su anterior conducta, con presteza  
Se acogió á la oracion, y el sentimiento  
De la piedad en su ánimo triunfaba  
Cuando Juan Diego al Tepeyac llegaba.

Llegaba y va de la breñosa cumbre  
Iba acortando la difícil vía,  
Cuando vestida de divina lumbre  
De nuevo ante él apareció María:  
Angélica invisible muchedumbre  
Lanzó al aire torrentes de armonía;  
El indio al suelo prosternado cae  
Y dice así con el dolor que trae.

“Señora yo venero tus arcanos;  
La ciencia de tu Dios en tí reside:  
Y ¿quién entre los míseros humanos  
Tu querer juzga ni tu ciencia mide?  
Pero no son mi labio ni mis manos  
Para la carga que les diste: pide  
La misión que á mi celo confiaste  
Un nuncio tal que á acreditarla baste.

“Cuanto dijiste referí al prelado,  
Y aunque apacible me mostró el semblante,  
Crédito á mis palabras ha negado  
No hallando en ellas convicción bastante:  
Por eso te suplico desolado  
Que nombres, ó Señora, en adelante  
A quien de hablar por tí mas digno sea  
Para que el mundo tus favores crea.”

“Mejor que yo sirviérate esa gente  
De antiguo á tus favores avezada;  
Esos hombres venidos del Oriente  
Fuertes por la palabra y por la espada:  
Mi tosca voz no puede dignamente  
Decir al mundo de tu parte nada,  
Y aunque halaga tu encargo mi deseo,  
Muy poco soy para tan alto empleo.”

Así dijo Juan Diego en la sincera  
Faz mostrando el pesar que lo oprimia,  
Y así con voz amante y placentera  
A sus palabras respondió María:  
“Gentes no me faltaran, si quisiera,  
Que trasmitiesen la palabra mia;  
Mas por humilde con placer te elijo  
Que el Dios de los humildes es mi Hijo.

“Importa que tú seas el que llesves  
De mi presencia la feliz noticia,  
Y en esta tierra bendecida pruebes  
De mi amor á los tuyos la primicia:  
Brotarán en los ánimos alevés  
Dudas negando á tu verdad justicia;  
Mas triunfarás con el favor divino,  
Que triunfar es de la verdad destino:

“Vuelve mañana á México; al prelado  
Preséntate, repite lo que dije,  
Y el hablar en mi nombre y con mi agrado  
El sinsabor compense que te aflije.”  
Dijo María: el indio resignado  
A cumplir obediente lo que exige,  
Con mas cansancio y menos amargura  
Bajó del cerro la pendiente dura.

CANTO V,

¡Ay con qué profundísima fatiga  
Se agita el corazón desesperado,  
Cuando con dardo punzador lo hostiga  
El recuerdo fatal de lo pasado!  
Cuando un tenaz remordimiento abriga  
La inflexible conciencia, y desolado  
Siente el justo que Dios trueca en airada  
La que antes era paternal mirada!

Siente del que ha pecado los tormentos  
Sin conocer los gustos del que peca,  
Y el tropel de sus vagos pensamientos  
En verdugo y en víctima lo trueca  
De sí propio: á sus párpados sedientos  
Lágrimas niega la pupila seca,  
Cuando una sola lágrima sería  
Bálsamo que su mal aliviaría.

“Vuelve mañana á México; al prelado  
Preséntate, repite lo que dije,  
Y el hablar en mi nombre y con mi agrado  
El sinsabor compense que te aflije.”  
Dijo María: el indio resignado  
A cumplir obediente lo que exige,  
Con mas cansancio y menos amargura  
Bajó del cerro la pendiente dura.

CANTO V,

¡Ay con qué profundísima fatiga  
Se agita el corazón desesperado,  
Cuando con dardo punzador lo hostiga  
El recuerdo fatal de lo pasado!  
Cuando un tenaz remordimiento abriga  
La inflexible conciencia, y desolado  
Siente el justo que Dios trueca en airada  
La que antes era paternal mirada!

Siente del que ha pecado los tormentos  
Sin conocer los gustos del que peca,  
Y el tropel de sus vagos pensamientos  
En verdugo y en víctima lo trueca  
De sí propio: á sus párpados sedientos  
Lágrimas niega la pupila seca,  
Cuando una sola lágrima sería  
Bálsamo que su mal aliviaría.

Y en vano al cielo la mirada eleva,  
Que un astro en él consolador no halla,  
Y á Dios en vano su oracion eleva,  
Que mas de sus congojas la batalla  
Se acrece, y mas el corazon se abreva  
De amargura, y mas hórrida restalla  
La hoguera del Infierno, y tentadores  
Mas acosan el alma los dolores.

Zumárraga doliente de tal modo  
En pesarosa postracion yacía,  
Su fé manchada con el sucio lodo  
De amarga indecision, de duda impía:  
¿Cómo de Dios el que lo puede todo  
Así la luz desconocido había,  
Y cómo al hombre, prócer ó villano,  
Culpó de falsedad siendo su hermano?

¿Cómo cerró el oido á la suave  
Voz del que á hablarle por el cielo vino?  
El alto Sér que en la montaña al ave  
Y en el húmedo abismo al pez previno  
Alimento y mansion, el que lo sabe  
Todo y á todo aparejó camino,  
¿No escoje á los humildes por mejores  
Para cuando sus favores?

¿Cómo estuvo la mente del prelado  
De Dios y de la fé tan apartada  
Para no dar al rústico enviado  
Sobre nada razon, crédito en nada?  
Hubiera su discurso examinado,  
Y sin dar en su mente franca entrada  
A ruin credulidad, acaso viera  
Que fué verdad lo que juzgó quimera.

Y no que el caso milagroso ahora  
Tal vez, si fué verdad, no se repita,  
Y en vano el alma arrepentida llora  
Pérdida tal que ni el dolor la evita  
Ni la fé la remedia: la Señora  
De los cielos acaso la bendita  
Faz de que gloria y regocijo emana  
Apartó de la gente mexicana.

Duda tenaz, satánica tibieza  
Su mensaje de amor han acojido;  
Un ministro de Dios con aspereza  
eCrró á su invitacion el torpe oido,  
Negó de sus bondades la fineza,  
Despreció por humilde á su elegido;  
¿Qué mucho, pues, que con justicia dura  
Torne rigor lo que empezó ternura?

¿Qué mucho que con mano poderosa  
Rígido azote aterrador levante  
El ángel del castigo, y la dichosa  
Paz de nuestros espíritus quebrante?  
Si en ira ya por nuestro mal rebosa  
Del Santo de los santos el semblante,  
¿Con qué voz á su madre imploraremos  
Nosotros que su amor desatendemos?

¡Raza de Adán ingrata y descreída,  
Esclava de la muerte y del pecado!  
No hay un instante de tu aciaga vida  
Que con un nuevo error no esté manchado;  
No hay una acción por tu querer cumplida  
Que de tu Dios no escite el desagrado,  
Ni por tu flaco ser pasa una idea  
Que de maldad é ingratitud no sea.

El Verbo murió en cruz por rescatarte  
Y tú en cruz por perderte lo pusiste;  
Él en tus desventuras tomó parte  
Y tú contra su gloria combatiste:  
La mano hieres del que va á salvarte  
Y desprecias la luz del que te asiste;  
Con necio orgullo de tu fé reniegas  
Y vas perdida caminando á ciegas.

Así de su conducta arrepentido  
El prelado á sus solas meditaba,  
Y el llanto de sus ojos desprendido  
Sus cóncavas mejillas inundaba:  
Rasgóse ante sus ojos el tupido  
Velo con que el demonio lo cegaba;  
Sintió el milagro; mas creyó cobarde  
Que para tanto mal era ya tarde.

Y no era tarde, no, que la divina  
Clemencia nunca al mísero abandona,  
Y á los ciegos de espíritu ilumina,  
Y á los rebeldes á su amor perdona:  
No era tarde, que apenas purpurina  
Volvió del alba á destellar la zona  
De alegre luz y de matiz de fuego,  
Volvió á ver á Zumárraga Juan Diego.

Humillada la frente, de sonrojos  
Vivos la faz por timidez cubierta,  
Vueltos al suelo los turbados ojos  
Cuyas miradas á fijar no acierta,  
Del prelado temiendo los enojos  
Provocar, con voz trémula é incierta  
A Zumárraga el indio refería  
La nueva gracia que debió á María.

Y el obispo escuchaba su relato  
Rebosando de júbilo el semblante  
Y convertida en movimiento grato  
La ansiedad de su pecho palpitante:  
No con mas gozo por terreno ingrato  
Saluda el fatigado caminante  
El manantial que en arco cristalino  
Ve brotar de la peña en su camino.

Mas de una vez el genio de la duda  
Con sesgo giro é intencion aviesa,  
Sintiendo ver ineficaz la ayuda  
Que ofreció á Satanas para su empresa,  
Renovar quiso la batalla ruda,  
Quiso volver á atarazar su presa,  
Y oponer su maldita pertinacia  
De la eterna bondad á la eficacia.

Mas no siempre el Altísimo permite  
Que así combata sin defensa el justo  
Y que el Infierno á perdicion lo escite  
Con ciego error ó con viciado gusto:  
La tentacion, bien plazca ó bien irrite,  
Con halago falaz ó ceño adusto,  
Poco, muy poco contra el hombre puede  
A quien su gracia el Hacedor concede

El ángel de la guarda del prelado  
Por mandato de Dios bajó del cielo,  
Fortificó su espíritu angustiado  
Con alto don de celestial consuelo,  
Para luchar se colocó á su lado,  
Y de sus alas con el puro velo  
Formó á su corazon tan recio escudo  
Que traspasarlo el tentador no pudo.

El malévolo espíritu, de ira  
Bramando al ver que se tornó en quimera  
De su astucia el efecto, se retira  
Al hondo abismo do Satan lo espera:  
Al logro allí de su perversa mira  
Dispone su ambicion, su plan altera,  
Y se prepara á renovar la lucha  
Con fuerza doble y esperanza mucha.

Zumárraga entretanto blandamente,  
Escuchando el relato de Juan Diego,  
Sentia resbalar sobre su frente  
Como un áura de paz y de sosiego:  
El corazon contrito y penitente,  
Estinto ya de su inquietud el fuego,  
Las generosas alas desplegaba  
Al ambiente de fé que lo halagaba.

Y al terminar el indio, de rodillas  
En medio de la estancia prosternado,  
Arrasadas en llanto las mejillas  
Y de gozo el espíritu extasiado,  
En cláusulas sublimes y sencillas  
Gracias rindió á la Virgen el prelado,  
Repitiendo su prez en son grosero  
De la fausta noticia el mensajero.

Y la doble oracion los celestiales  
Espíritus atentos escuchaban,  
Y batiendo las alas inmortales  
Al Empireo gozosos la llevaban,  
De fino amor purísimos raudales  
Que de los pechos de los dos brotaban,  
Nubes de rico incienso que subian  
Y ante el trono de Dios se recojian.

¡Turba de tribunicios oradores  
Sabios en los políticos arcanos,  
Que de elocuencia con pomposas flores  
Divertís la atencion de los humanos,  
Que acumulais impúdicos loores,  
Grandes palabras y sistemas vanos  
Para hacer que la incauta muchedumbre  
Del poder os levante hasta la cumbre!

No me habéis de igualdad, porque no existe  
Do la quereis buscar. Turba demente  
Que con colores de igualdad se viste  
No la conoce, al proclamarla miente.  
Solo en los templos la igualdad asiste;  
Solo ante su poder Dios la consiente;  
Solo la esplica la oracion cristiana  
Que al pecador con el querub hermana.

Mirad! El sacerdote revestido  
De alta mitra y el mísero villano  
Oran juntos, y Dios igual oido  
Presta y tiende á los dos la misma mano:  
Él de sus corazones ha medido  
La suma de virtudes grano á grano;  
A los dos halló puros y cabales,  
Y ante su trono los contempla iguales.

Y ante su trono volarán mañana,  
Confesores eternos de su gloria,  
Cuando rompa el espíritu la humana  
Prision de vil perecedera escoria;  
Les dará la justicia soberana  
Iguales palmas por igual victoria,  
Y no habrá quien distinga ni quien tilde  
Al docto preste ni al labriego humilde.

Pero no es á mi númen á quien toca  
Revelar los secretos de la muerte,  
Violando en fuerza de su audacia loca  
Lo que ha sellado Dios con mano fuerte:  
Respeten, pues, mi cítara y mi boca  
De los que ya no son la última suerte;  
Puedo contar lo que en el tiempo veo;  
Pero adoro callando lo que creo.

Terminó su oracion, y al indio dijo  
Zumárraga, templando en su maduro  
Seso la intensidad del regocijo  
Con freno de prudencia: “Estoy seguro  
De cuanto acabas de decirme, hijo;  
Por la verdad de tu palabra juro  
Que has sacado mi espíritu de pena  
Y es voz divina la que en tí resuena.

“¡Así pudieran todos los cristianos  
Sentir la animacion de la fé mia,  
Y unir cual yo las reverentes manos  
La bondad adorando de María!  
¡Así pudiera á todos los humanos  
Partícipes hacer de mi alegría,  
Y hacer que todo el mundo presenciara  
La que me cuentas maravilla rara!

“Mas, ay! no puedo hacer que el mui  
Lo que con fé consoladora creo,  
Ni que la humana muchedumbre vea  
Lo que del alma con los ojos veo:  
Lograr que á todos evidente sea  
Este milagro con ardor deseo;  
Conseguirlo intentemos, que sin duda  
De Dios la madre nos dará su ayuda.

“Tal vez al vulgo incrédulo parezca  
El suceso un error de tus sentidos,  
E injuriosos epítetos merezca  
Tu eleccion á los hombres descreidos:  
Tal vez de la impiedad la saña crezca,  
Y á mi empeño cerrando los oidos,  
A la mofa comun el caso entregue,  
Discuta indócil ó rebelde niegue.

“Que al fin tal es la condicion humana  
Si Dios al hombre la verdad no inspira:  
Lo que sumiso adorará mañana  
Hoy con desprecio irreverente mira;  
De los milagros su razon liviana  
Busca el por qué, la conviccion retira,  
Sin ver que los milagros son señales  
Que da Dios de su amor á los mortales

“¿Y ser también acaso no pudiera  
El suceso que cuentas peregrino  
Una ilusoria mística quimera  
Forjada en la fatiga del camino?  
¿No sabes que el demonio por la artera  
Trama de su maléfico destino,  
En forma de ángel á la vista luce  
Y al incauto mortal así seduce?”

“No quiero que ese templo, do María  
Sobre esta tierra su favor derrame,  
En ningún tiempo por desdicha mía  
De la impiedad las ocasiones llame,  
Ni que lo ataquen con tenaz porfia  
La falsa ciencia ó la calumnia infame;  
Mas que en él todos fervorosos oren  
Y de su origen el milagro adoren,

“Vuelve al cerro feliz donde te espera  
De Dios la Madre; pídele sumiso  
Una señal que dé por verdadera  
Tu misión, que acredite el alto aviso  
Que da de su querer, y de la artera  
Malicia el vencimiento haga preciso:  
Hágase á todos su piedad notoria  
Y del culto acreciéntese la gloria.”

“Padre, repuso el indio, yo confío  
Que esa señal benéfica obtendremos,  
No por la mezquindad del ruego mío,  
Mas del divino amor por los extremos:  
La vuelta iré del Tepeyac, y fío  
Que de un nuevo milagro alcanzaremos  
Prueba tal que patente á todos sea  
Y nadie dolo en lo que digo vea.”

La plática con esto terminada  
Y el indio de sus cuitas aliviado,  
El camino emprendió de su morada  
En santo ardor el ánimo abrasado:  
Con febril impaciencia en continuada  
Fatiga ejercitando el pié cansado,  
Al terminar las horas de la siesta  
Pisó del Tepeyac la cumbre enhiesta.

Miró en torno de sí, y ante sus ojos  
Nada en el horizonte aparecía:  
El túbio sol entre celajes rojos  
Velado, hácia el ocaso dirigía  
Su disco abrasador: secos abrojos  
Orla formaban á la estensa vía,  
Sin que de un ser se descubriese en ella  
Visible aspecto ni reciente huella.

La dulce brisa con su aliento blando  
Un átomo del aire no agitaba,  
Ni en las quiebras del cerro penetrando  
El mas leve sonido modulaba:  
Ni ave ni bruto por allí cruzando  
Aquellas soledades animaba,  
Y en silenciosa y lánguida tristeza  
Yacia por do quier naturaleza.

No esperaba Juan Diego que fallidas  
Saliesen sus benignas intenciones  
Ni ver sus esperanzas mas queridas  
Trocadas de repente en ilusiones:  
Dios que sabe el dolor de las heridas  
Hechas en los humanos corazones,  
Sabe solo el atroz desasosiego  
Que acometió la mente de Juan Diego.

Esperaba el indígena que aquella  
Celeste aparicion que sus sentidos  
Dos veces regaló, volviese bella  
Sus pasos á atajar, y en sus oidos  
Penetrase esa voz de que destella  
Tanto amor; pero al ver desvanecidos  
Sus cálculos, quedóse tristemente  
Fijo en la estrecha y desigual vertiente.

Y exalando en sollozos por su boca  
La angustia sin igual que lo aquejaba,  
Presa del desaliento que sofoca  
Su fé vencida y que sus pasos traba,  
Creyéndose tal vez de alguna loca  
Quimera que sus mientes halagaba  
Víctima imbécil, su pesar violento  
Así exalaba en lastimoso acento.

“¿Es posible, dulcísima Señora,  
Que tú, tan amorosa y tan clemente,  
Desatiendas el llanto del que llora  
Y no hagas caso de mi voz doliente?  
Ven, que tu siervo tu presencia implora;  
Preséntate á mis ojos nuevamente;  
Feliz respuesta á tu mensaje traigo,  
Y aquí de hinojos en tu espera caigo.

“Si aquí tu magestad no se presenta,  
¿Dónde te buscaré, Señora mia?  
¿A donde acudo para darte cuenta  
De la mision que para tí traia?  
Señora, tu silencio me amedrenta;  
Mi espíritu desmaya en la agonía;  
¿Por qué no acabas con amor fecundo  
Lo que empezaste para bien del mundo?

“Acaso de la gente mexicana  
Se aparta ya tu proteccion? ¿Acaso  
Algún desliz de mi flaqueza humana  
Habrá cortado á tu favor el paso?  
Flaca es mi fé, mi condicion villana,  
Mi maldad mucha y mi talento escaso;  
Mas recuerda, Señora, que yo he sido,  
Si no el merecedor, el elegido.

“Yo de tu rostro contemplé la gloria,  
Oí tu acento con placer profundo,  
Y trasmití la peregrina historia  
De tu brillante aparicion al mundo:  
No soy yo, de la mas humilde escoria  
Del barro mundanal gusano inmundo,  
Digno de tal honor; mas me fué grato,  
Y obedecí, temblando, tu mandato.

“No se pierda, Señora, esta semilla  
De caridad, sembrada por tu diestra;  
No se olvide esta escelsa maravilla  
Con que das al Anáhuac clara muestra  
De tu materno amor: mi alma sencilla  
Se alista de la duda en la palestra  
Para luchar cuanto su fuerza alcance  
Por la verdad del milagroso lance.

“Mas si tu voz en realidad no ha sido  
La que con frases de amoroso encanto  
Una vez y otra deleitó mi oido;  
Si el resplandor no ha sido de tu manto  
La ardiente luz de que miré ceñido  
Con reflejos de grana y amaranto  
El cerco del vastísimo horizonte  
Que en derredor se estiende de este monte;

“Si la forma que ví fué solamente  
Un fantasma del aire en los vapores  
Formado, á quien mi cérebro demente  
Dió sin tenerlos sér, voz y colores:  
Ten piedad de mi error, que la inclemente  
Duda me llena el corazon de horrores;  
Házme saber si procedió mi empeño  
De alta vision ó temerario sueño.

“Y yo por tu favor enaltecido  
O por mi torpe engaño anonadado,  
Nuncio de tus bondades elegido  
O por mi nécia vanidad cegado,  
Sostendré á todo trance decidido  
Las órdenes, Señora, que me has dado,  
O enmendaré con ánimo sincero  
De mis sentidos el error grosero.”

Esta oracion el macehual de hinojos  
Con fervorosa contricion decia,  
Y al acabar, rasgada ante sus ojos  
Fué del nublado la estension sombría:  
Del alba remedando los sonrojos  
La débil luz del moribundo dia  
En rayos estalló de mil colores  
Grupos formando de celestes flores.

El sol poniente sus rojizas huellas  
Fijar no pudo sobre nube alguna,  
Y á par del sol brillaron las estrellas  
Sobre el terso cristal de la laguna,  
Y á par del sol apareció con ellas  
El blanco rostro de la corva luna,  
Cuyo grato conjunto confundia  
La clara noche con el bello dia.

En fácil curva y luminoso vuelo  
El arco indicador de la bonanza  
Que la mano de Dios puso en el cielo  
Al sellar con el hombre su alianza,  
El iris, que el amargo desconsuelo  
Del náufrago convierte en esperanza,  
Cuya vista risueña y seductora  
Del hombre las miradas enamora,

Aparecióse cual la vez primera  
Tocando altivo la celeste cumbre,  
Y estribando en los lindes de la esfera  
Sobre cimientos de pintada lumbre:  
Tembló del Tepeyac la mole entera  
Cual si bajo su inmensa pesadumbre  
La fuerza de un gigante soterrado  
Luchase, ya de su prision cansado.

Y de nuevo la música celeste  
Grata sonó, y en confusion vistosa  
De los coros angélicos la hueste  
Sus álas desplegó de nieve y rosa,  
Y el feliz mensajero, que vió en este  
Principio ya de su plegaria ansiosa  
Conseguido el objeto que pedia,  
Cruzó las manos y esperó á María.

Y la Madre del Verbo nuevamente  
Se presentó á la vista de Juan Diego,  
Y el indio al contemplarla reverente  
Bajó la faz ante su gloria ciego:  
Un círculo de estrellas á su frente  
Daba aureola con su blanco fuego,  
Y un querub, luminoso como el dia,  
La fimbria de su manto sostenia.

“Señora, dijo el indio, ya al prelado  
Segunda vez habló: la fé reside  
Ya en su alma; cumplirá lo que has mandado,  
Y ya gozoso tus favores mide:  
Mas antes de poner en tan sagrado  
Asunto mano, alguna señal pide  
Que me acredite: dársela, Señora,  
En tu nombre ofreci: dispon tú ahora.

“Tal vez verás en mi segura oferta  
Un rasgo de mezquino atrevimiento;  
Tal vez mi mente á concebir no acierta  
Lo que debí yo hacer en tal momento:  
Perdona si pequé, que mi alma abierta  
De una fé irresistible al sentimiento,  
Dejó á mi lengua que en tu nombre hablaba  
Decir por tí lo que mi fé dictaba.”

“Estoy de tu mensaje, hijo querido,  
Muy complacida, respondió halagüena  
La Reina de los cielos; me has servido  
Bien, y á los sábios tu humildad enseña:  
Vuelve mañana aquí, que has prometido  
De la verdad de tu misión dar seña,  
Y yo dártela ofrezco tan cumplida  
Que deje toda indecision vencida.”

Así dijo la Virgen. Blanco y puro  
Vapor subió á velar sus formas bellas,  
Y del aire deshízose en lo oscuro  
Su refulgente círculo de estrellas:  
El iris, con reflejo ya inseguro  
Fué amortiguando sus pintadas huellas;  
Cortó una nube de la luna el paso,  
Y el moribundo sol llegó al ocaso.

La rueda instable del azar, movida  
De las pasiones por el récio embate,  
Con veloz, incesante sacudida,  
Al misero mortal alza ó abate,  
Y de los cielos á la cumbre erguida  
Lo eleva, y cuando mas gozoso late  
Su corazon, de alli desvanecido  
Lo lanza al polvo de do fué salido.

Tál que creyó tocaba con la mano  
El término feliz de su deseo,  
Deshecho ve su plan en humo vano  
Y trocada su dicha en devaneo:  
Tál que rendido á su pesar tirano  
Malgastó de sus fuerzas el empleo,  
Cuando mas desmayaba su esperanza  
Súbito goza de feliz mudanza.

¿Quién del pesar ni del placer se fia?  
¿Quién al dolor ni al júbilo se entrega?  
Efímera del hombre es la alegría  
Y efímero el dolor: el alma ciega,  
Cual barco endeble que por mar bravía  
Sin vela, remo ni timon navega,  
Siguiendo el rumbo que le marca el viento,  
Corre en pos de su propio pensamiento.

CANTO VI.

Oh! con qué vária y caprichosa trama  
Se va tejiendo el hilo de la vida!  
Quien ayer llenó el mundo con su fama  
Hoy se despeña en misera caída;  
Lo que se odiaba ayer hoy ya se ama;  
Lo que se amaba ayer hoy ya se olvida;  
Lo que ayer se llamaba amor y gloria  
Hoy es solo químera transitoria.

Con torpe mano la fortuna ciega  
Sus engañosos dones distribuye;  
Los dá al crimen, al mérito los niega,  
Busca al ingrato y del humilde huye:  
Del vário mundo por la estensa vega  
La rica fuente de sus gracias fluye,  
Y uno bebe placeres celestiales  
En ella, y otro inmerecidos males.

No hay en nuestra existencia transitoria  
Base para fundar una esperanza;  
No hay un momento en nuestra breve historia  
Que no marque un vaiven ó una mudanza:  
En las mas bellas páginas de gloria  
Siempre una linea al infortunio alcanza,  
Y en el cáliz mas lleno de amargura  
Nunca falta una gota de dulzura.

Asi lo quiso Dios para que el hombre  
Conozca el barro de que fué nacido,  
Y de su autor el sacrosanto nombre  
Sumiso adore á su poder rendido:  
Y aunque tal vez á nuestro orgullo asombro  
Ver nuestro flaco sér tan abatido,  
Dios, que del porvenir el curso mide,  
Volar tras él á la razon impide.

Juan Diego con insólita alegría,  
Sin sentir la aspereza del camino,  
A su modesto hogar se dirigía  
Ya de su marcha al término vecino:  
Haber llegado en su interior creía  
Al fin de su mision; pero el destino  
Nuevas complicaciones preparaba,  
Nuevas dificultades suscitaba.

Que un enemigo rencoroso y fuerte,  
De astucia grande y corazon perverso,  
Que sin fuerza de Dios no hay quien acierte  
A resistirlo en todo el universo.  
Padre del llanto, hermano de la muerte,  
A todo instinto de piedad adverso,  
De toda dicha destructor aciago  
Con golpe sordo y tentador amago;

El demonio por fin, qué ¿quién podría  
Sino el demonio con su saña fiera  
Contrastar las bondades de María,  
Y renegar del nombre que venera,  
Desde el divino amor con mano pía  
Lo enalteció, la creacion entera?  
El demonio, á luchar apercebido  
No quiso aún retroceder vencido.

“Espíritu tartáreo de la duda  
Dijo á su taciturno compañero,  
No de una vez la prometida ayuda  
Retires; mucho de tu génio espero:  
Vé; tu influjo á los ánimos acuda;  
Mi hermano de dolor, que labres quiero  
Cadena tal para la humana gente  
Que Dios en vano quebrantarla intente.

“Mora la astucia en tu irritado seno,  
Está en tu ser la clave de la ciencia,  
Y pródiga de halagos y veneno  
Rebosa de tus lábios la elocuencia;  
Vé, y como segador en campo lleno  
De mieses, del mortal en la conciencia  
Introduce la hoz de tus furoros  
Y tala sus católicos fervores.

“Yo te prometo, de tan alta empresa  
Si victorioso, como espero, sales,  
Si haces al hombre de tu engaño presa,  
Que justo apreciador de lo que vales,  
Te he de dar con arreglo á mi promesa  
Grandeza tal que á mi grandeza iguales,  
Y los vasallos de mi reino umbrío  
Tu nombre acaten á la par del mio.

“Dios, como á mí, con brazo justiciero  
Te lanzó del Empíreo soberano;  
Dios, como á mí, de fúlgido lucero  
Te convirtió en tizon: al ser humano,  
Mezquino, ingrato, frágil y grosero,  
Sobre nosotros elevó: es en vano  
Venganza y aversion recomendarte:  
Pues ofendido estás, corre á vengarte.”

Una sesga fatídica mirada  
De sus candentes ojos desprendida,  
Una sonrisa débil y apagada  
De aquella boca donde el mal se anida,  
Fueron tan solo la respuesta dada  
Por el demonio de la duda: hendida  
La tierra con estrépito violento,  
Subió el malvado á la region del viento.

El aire, en anchos cercos agitado,  
Bajo las álas invisibles late  
Del génio tentador, que el vuelo alzado  
Sobre el palacio del obispo abate:  
Allí contra la mente del prelado  
A entrar se apresta en desigual combate,  
Por si esta vez á su artificio espera  
Mejor efecto que la vez primera.

Zúmarraga, entretanto, que acababa  
De ver partir al indio, en penitente  
Postura al cielo demandando estaba  
Que del milagro la verdad patente  
Hiciera, y la esperanza que brotaba  
Dentro su corazon, no de repente  
Su noble objeto convertido viera  
En estéril ridícula quimera.

Oraba y pronto de la fé la palma  
Iba á lograr, la primitiva pena  
Trocada en fácil apacible calma,  
Cuando el génio que todo lo envenena  
Filtróse por los poros de su alma  
Como la llúvia por menuda arena,  
Y habló á su pensamiento de tal modo  
Que logró al cabo trastornarlo todo.

La razon de Zúmarraga refleja  
Del génio impuro el infernal consejo;  
Cual de Febo la límpida madeja  
Pinta en su fondo cristalino espejo:  
Cuanto el maligno espíritu aconseja  
De su propio discurso por reflejo  
Toma, y así por su ilusion cegado  
Sin combatir se entrega desarmado.

Que no tiene palabras el lenguaje  
Del comun enemigo, y seducido  
Contrastarlo no puede, aunque trabaje  
Por ello, de los hombres el sentido:  
De la humana razon con el ropaje  
Llena el alma al pasar por el oido,  
Dejando en éste tan liviana huella  
Que nos parece concepcion de aquella.

“Hombre de nímia fé! pensar hacia  
Al prelado el demonio de la duda;  
Si tu ciega piedad te descarria,  
¿Qué apoyo, dí, contra el error te escuda?  
Si á un toscó macehual tomas por guía,  
¿Cómo no temes que su lengua ruda,  
Si es que burlando tu candor no miente,  
Una ilusion por un milagro cuente?”

“Mira que es muy comun entre los hombres  
Dar crédito sobrado á su sentido,  
Y dar historias, descripciones, nombres,  
De séres que jamas han existido.  
¿Posible es que el aspecto no te asombre  
Del abismo en que puede haber caido  
Tu piedad esponiendo á mofadoras  
Risas del vulgo lo que tanto adoras?”

“Oh! vuelve en tí, Zúmarraga: modera  
El gozo inmotivado en que se inunda  
Tu alma extasiada, y á tu fé sincera  
De la razon impone la coyunda;  
Porque es ciega la fé, y si lijera  
Corre sin direccion, quizá se hunda  
En cenagal do por sobrada peque  
Y en vergonzosa decepcion se trueque.”

“El Sér, sobre los hombres elevado  
En quien eterna la verdad reside,  
De todas las hechuras que ha creado  
Con fiel balanza los afectos mide.  
De los talentos que ha depositado  
En cada cual, estrecha cuenta pide,  
Y ¡ay de aquel que oscurezca sus destellos,  
Aunque lo adore sin cesar con ellos!

“¡Ay de aquel que con nécio fanatismo  
Su augusto nombre por honrar profana!  
La ruin supersticion mas hondo abismo  
Abre que el crimen á la raza humana:  
Ella marchita la razon, lo mismo  
Que adora con escándalo profana,  
Y en milagros de vano fundamento  
Busca á su culto efimero cimiento.

“No se quiebran así las naturales  
Leyes desde el principio establecidas,  
Ni estar pudieran de milagros tales  
Así las ocasiones repetidas:  
La nécia vanidad de los mortales  
Es quien teje esas fábulas mentidas,  
Pretendiendo que el Dios de las alturas  
Se rebaje al nivel de sus criaturas.

“Y aunque esa maravilla en que te fijas  
Por bien del hombre suceder pudiera,  
No es prudente tampoco que colijas  
De un simple dicho su verdad: la austera  
Fé, la sencilla conviccion son hijas  
De una exacta evidencia, y donde quiera  
Que la evidencia con su luz no acuda,  
Habrá tinieblas, confusion y duda.

“¿Qué importa que tú creas, si el rebaño  
Que con cayado místico diriges  
Se hace sordo á tu voz, y llama engaño  
A lo que en vano venerar le exijes?  
Armas afilarás para tu daño,  
Y ese inútil fervor con que te aflijes  
Por propagar la milagrosa historia  
Y hacerla á todos por su bien notoria,

“Tornárase al momento en contra tuya,  
Dando sin falta á la impiedad motivo  
Para que osada contra tí rehuya  
A tu yugo de amor el cuello altivo;  
Y en cuanto alguno de tu error te arguya  
El fuego aquí de Dios no queda vivo,  
Que es fábrica la fé que se arruina  
Cuando el mas débil sus cimientos mina.”

Con estos pensamientos el prelado  
De sugestion perversa batallaba,  
Y nuevamente de luchar cansado  
En su fé y esperanza desmayaba:  
Y mas de Satanás el enviado  
De su influjo el veneno acrecentaba,  
Gozoso al ver que de su ingenio astuto  
Iba sacando apetecido fruto.

Y con tanta mas fé se prometia  
De su empresa infernal el logro cierto,  
Cuanto que en medio de su ataque habia  
Amplio camino á la razon abierto,  
Y caminaban por la misma via  
Con paso igual y con igual concierto  
Del prelado las intimas razones  
Y del génio fatal las sugestiones.

Que siempre el alma con desden se niega  
A dar crédito á estraña maravilla,  
Si santa luz al corazon no llega  
O alguna prueba la razon no humilla:  
Y el sensato varon no con fé ciega,  
Que menos acrecienta que amancilla  
Su religion, en venerar consiente  
Cuanta conseja el populacho cuenta.

¡Pero es tan dulce la razon humana  
Subyugar del Eterno á las bondades!  
Pensar que nunca su clemencia es vana,  
Que siempre sus milagros son verdades!  
En vano corre la razon profana  
De la ciencia tras locas vanidades;  
Siempre se ofusca y cede si destella  
La bondad del Altísimo sobre ella.

Y si tal vez altiva se levanta  
Y duda, y niega con tenaz porfia,  
Pronto, muy pronto su vigor quebranta  
Con los esfuerzos de la lucha impía.  
¿A quién de Dios la magnitud no espanta?  
¿Quién pone dique á lo que hacer podria?  
¿Quién, si su voz resuena en nuestro pecho,  
Es capaz de decir: Esto no haz hecho?

El fijó el astro que preside al dia  
Con sábia mano en la mitad del cielo,  
Y puede del escelso mediodia  
Al abismo lanzarlo: eterno hielo  
Puso en los montes, y sobre él podria  
Flores hacer brotar: del bajo suelo  
Al alto Empireo nada se le opone,  
Y Él de cuanto hay en plenitud dispone.

Pero tambien el hombre con malicia  
Sus altos juicios tuerce ó interpreta,  
Tambien la mente la ignorancia vicia  
A que la humana condicion sujeta  
Por su pecado está: vision ficticia  
Nuestros torpes sentidos inquieta,  
Y por poco que crédito les demos  
De una vana ilusion prodigio hacemos.

Así, entre la duda y la creencia  
Por iguales afectos sorprendido,  
Y siempre á la maléfica influencia  
Del génio de la duda sometido,  
El prelado, queriendo su conciencia  
Satisfacer, imaginó un partido,  
Que aunque ingrata sospecha descubria,  
El mas acomodado parecia.

Cumpliendo de Zúmarraga el mandato  
Dos familiares sin tardanza fueron  
A alcanzar á Juan Diego, y con recato,  
Cuando ir al Tepeyac lo descubrieron,  
Por la árdua línea del camino ingrato  
Sin ser vistos del indio lo siguieron,  
Y en su pos sin descanso caminaron  
Hasta que al pié del Tepeyac llegaron.

El ángel tentador por el camino  
Sus mentes de tinieblas rodeaba,  
Y todo afecto de fervor divino  
En sus dos corazones apagaba:  
Voces impías sin razon ni tino  
A sus blasfemos lábios inspiraba,  
Ambos atribuyendo su tarca  
A una pueril supersticiosa idea.

La doble aparicion les parecia  
Un fabuloso mal forjado cuento  
Con que Juan Diego entorpecido habia  
De Zúmarraga el claro entendimiento,  
Con la esperanza de que así podria,  
A falta de mejor merecimiento,  
De la ajena piedad sacando fruto  
Cobrar por su mensaje algun tributo.

Así no bien á la raiz llegaron  
Del bendecido cerro, hácia la cumbre  
Los risueños semblantes levantaron,  
Y no la rara esplendorosa lumbre  
Ver de un iris magnifico esperaron,  
Ni oír voz de celeste muchedumbre,  
Sino todo en silencio y en sosiego  
Hallar, cual siempre lo encontró Juan Diego.

Y así fué: nada desplegó á sus ojos  
La pompa por el indio referida,  
Ni remedó del alba los sonrojos  
Celeste luz con variedad teñida:  
Del vano caminar con los enojos,  
La narracion del indio al ver fallida,  
Por sus engaños á increparle fueron  
Ambos á dos; pero con él no dieron.

Miráronse confusos: un instante  
A duras penas trascurrido habia  
Desque lo vieron caminar delante  
Siguiendo el márgen de la estensa vía:  
Del llano hasta la cima culminante  
Allí nada la vista interrumpia,  
Y sin embargo, ante ellos desde luego  
Mas bien que huyó desapareció Juan Diego.

Por una y otra parte rodearon  
La ancha base del cerro: peña á peña  
Su quebrada vertiente registraron  
Sin dejar de inquirir mata ni breña;  
Pero en ninguna descubrir lograron  
Del hombre á quien buscaban rastro ó seña,  
Cual si se hubiese en tierra sumergido  
O en lijero vapor desvanecido.

Y fué que no eran dignos sus sentidos  
De percibir el bulto soberano  
De la Madre de Dios, ni los sonidos  
De su voz escuchar; porque el arcano  
De aquella aparicion, no á descreidos  
Espíritus henchidos por el vano  
Orgullo mundanal patente quiso  
Hacer la Emperatriz del paraíso.

Eran sus almas á la luz cerradas,  
Y luz no vieron donde luz habia:  
Así mientras al indio con templadas  
Frases llenó de júbilo María,  
Ellos por do estamparon sus pisadas  
Volvieron, maldiciendo de la vía  
Por penosa, del indio por astuto,  
Y de su viaje por el poco fruto.

Mas los dos á una cosa no pudieron  
Hallar explicacion: la repentina  
Desparicion del indio. Ambos lo vieron  
Llegar distintamente á la colina;  
Ni un instante de vista lo perdieron,  
Y sin embargo, al contemplar vecina  
Del Tepeyac la cumbre, no lo hallaron  
Por mucho que en buscarle se afanaron.

En vano fué que del recinto escaso  
La estension peñascosa requirieran,  
En vano que del cerro paso á paso  
Una vez y otra el ámbito midieran:  
Palideció la luz en el ocaso,  
Y en su inútil pesquisa persistieran,  
Si la noche su manto no tendiese  
Y de su largo afan los retrajese.

El risco, en fin, dejaron á su espalda  
Y empezaron en marcha presurosa  
A descender por la tendida falda,  
Cansado el cuerpo, el alma pesarosa,  
Y signiendo la línea de esmeralda  
Que á la luz del crepúsculo dudosa  
Formaba el alto trémulo follaje,  
Al término llegaron del viaje.

El prelado con férvida impaciencia  
Los esperaba ya: no bien llegaron,  
Llamólos agitado á su presencia,  
Y ellos lo sucedido relataron  
Al milagro negando su creencia,  
Y á diabólicas artes imputaron,  
Que por otra razon no fuera dable,  
De Juan Diego la fuga inesplicable.

Zumárraga, que atento los oia,  
Cada vez mas con su inquietud luchaba  
Y con turbado pecho y faz sombría  
La hiel de sus palabras apuraba:  
Por tierra ya la fábrica veia  
En que su amante caridad fundaba.  
Tanta esperanza religiosa y pura  
De celestial felicidad futura.

En vano á la evidencia sus oidos  
Intentaba cerrar, falaz sosiego  
Poniendo como un muro á sus sentidos  
Por do ya entrara del engaño el fuego:  
En que abusó con cuentos mal fingidos  
De su tenaz credulidad Juan Diego,  
¿Pudiera caber duda todavía?  
Ultraje en ello á la razon hacia.

Y sin embargo, con poder oculto  
De la fé moribunda el postrer grito  
Del preste adicto al verdadero culto,  
Vibrar hacia el corazon contrito:  
Pareciale á veces torpe insulto,  
Rebeldía, impiedad, casi delito,  
Destinar testimonio de mortales  
A evidenciar arcanos celestiales.

Mas fuerza al cabo fué que la postrera  
Chispa de su esperanza primitiva,  
Pese á su fé, desvanecida fuera  
Del desengaño por la mano esquiva,  
Porque llegó la tarde venidera,  
Al mundo privó el sol de su luz viva,  
Y Juan Diego, su empeño abandonado,  
No volvió á parecer ante el prelado.

Quedó, pues, el milagro convertido  
En asunto de burla ó de conseja,  
Zumárraga confuso, y el olvido,  
Que nada al cabo en la memoria deja,  
Y que al tragar cuanto en el mundo ha sido  
Ni aun dá lugar á cólera ni á queja,  
A extinguir el recuerdo se aprestaba  
Que del caso en los ánimos quedaba.

¿Será posible, ó Dios? De los favores  
Que al rico Anáhuac prometió María,  
Aun no cogidas las primeras flores,  
Ya el fruto se agostó? ¿Qué mano impía  
Pesó sobre los tristes pecadores  
A quienes tanto amor se prometía?  
¿Qué oculta fuerza de supremo arcano  
Hizo que el cielo prometiera en vano?

¿Será tal vez que el rudo mensajero  
Por efecto de bárbara ignorancia  
Haya incurrido en el deslíz grosero  
De olvidar del mensaje la sustancia,  
Y temiendo su olvido ante el severo  
Prelado confesar, ó que su instancia  
A dar la vuelta al Tepeyac lo obligue,  
Allá en su choza su vergüenza abrigue?

Puede ser; pero ya de todos modos  
Parece exhausta de la fé la vena;  
Ya el caso milagroso es para todos  
Cuento pueril, supersticiosa escena;  
Ya se aplican ridículos apodos  
Al indio engañador, á quien condena  
Su misma ausencia: la batalla ruda  
Fué; mas triunfó el demonio de la duda.

Así mi númen que con vuelo osado  
Quiso aspirar el soberano aliento  
Y relatar en cántico inspirado  
La sacra historia de feliz portento,  
Ya desfallece lánguido y cansado,  
Y ansioso espera el próximo momento  
En que bajar á la terrestre rueda  
Y las sonoras álas plegar pueda.

En un principio con robusto brio,  
Sin sospechar su languidez presente,  
Llenó los aires con su canto pío  
Y alzó hasta Dios su trova reverente:  
¿Por qué en la actualidad cobarde y frío,  
Sin que ningun estímulo lo aliente,  
Yace y de su gravísima tarea  
Solo llegar al término desea?

¿No es el mismo que fué? ¿Por qué desmaya?  
Avanza, inspiracion, avanza altiva;  
Salva del mundo la mezquina raya,  
Y en la fuente de amor que se deriva  
Del trono del Eterno, tal vez haya  
Para tí alguna gota de fé viva,  
Que mas tu fuerza y tu vigor aumente  
Que cuantas brinda la Castalia fuente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUEENOS AIRES  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
CANTO VII.  
—  
Qual rio de corriente impetuosa  
Que de la sierra bullidor descende  
Y con ruda violencia poderosa  
El pino abate y el peñasco hiende;  
Luego del llano en la estension verdosa  
Sus brazos de cristal cansado tiende,  
Y luego un dique de su giro vago  
El curso ataja y lo convierte en lago,

Y el que de grandes ecos la montaña  
Llenaba, y de los míseros pastores  
Deshizo en mil astillas la cabaña  
Que les costara un año de sudores,  
Hoy soñoliento en su contorno baña  
Húmedos juncos y silvestres flores,  
Y ni por hondo cauce se desliza,  
Ni en vago impulso sus cristales riza:

Salva la tierra con ligeras álas,  
Cruza el espacio con sonante pluma,  
Y vé á lucir en las etéreas salas  
De tus adornos la gallarda suma;  
Sube, que no desdecirán tus galas  
Del alto asunto que tu fuerza abruma,  
Que de Dios no rebajan los loores  
Métrico ornato ni profanas flores.

Sube, mi inspiracion. ¿Que te detiene?  
Yo te soñé tan animosa y bella,  
Que ví por tí brillar con luz perene  
De mis ardientes cánticos la estrella.  
¿Qué desaliento á contrastarte viene?  
Sube, los astros con tu planta huella;  
Que el númen que á su Dios cantando nombra  
Digno es de pisar astros por alfombra.

Sube, mi inspiracion, y del Pegaso  
Profano sobrepuja el raudo vuelo;  
Sube, y no pongan rémora á tu paso  
Baja pasion ni torpe desconsuelo:  
Sube, mi iuspiracion, tu aliento escaso  
Vé á renovar á la region del cielo:  
Mas te oirá el mundo cuanto mas te alces.  
¿Quién contra tí cuando mi culto ensalces?

Mas, ay! que tú, como corcel rendido  
A quien su dueño el rígido acicate  
Clava, sin que sacar logre partido  
De él por mucho que su hijar maltrate,  
Al pesado rigor has sucumbido  
De la dura fatiga que te abate,  
Y apenas te elevaste ya descienes,  
Y mi voz que te anima desatiendes.

No es tu poder para tan alto vuelo,  
Y es emprenderlo atrevimiento insano;  
Por eso en balde á tu firmeza apelo;  
Por eso escito tu altivez en vano:  
Dios quiso que las águilas al cielo  
Se remontasen, y que el vil gusano  
La tierra con su cuerpo ruin midiese  
Y atado al polvo sin cesar viviese.

Dios quiso que la suelta mariposa,  
Cortesana del sol y de las flores,  
Luciese en el jardin esplendorosa  
Sus brillantes efimeros colores,  
Mientras bajo una seca y polvorosa  
Hoja del sol burlando los ardores,  
A su calor vivificante arruga  
El pardo cuerpo la deforme oruga.

Dios quiso que en la selva iluminada  
Por la luz apacible de la luna,  
El tierno ruiseñor con voz preciada  
Cantase su desgracia ó su fortuna,  
Y que al abrigo de la mies dorada  
Que al labrador alegra, su importuna  
Aguda voz el gorrion lanzase  
Y la quietud canicular turbase.

Y Dios en fin que el lábio de Isaías  
Purificó con la celeste llama  
Del vaticinio, y dulces armonías  
Inspirar sabe al corazon que ama,  
No ha permitido que á las ansias mias,  
Al férvido entusiasmo que me inflama  
El númen productor correspondiera  
Que para hablar en su loor quisiera.

Por eso de mi canto fatigoso  
El mundo esquivo la atencion distrae,  
Y por eso elevar apenas oso  
El torpe vuelo, mi vigor decae:  
E incierto vaga el corazon medroso  
Cual átomo fugaz que el viento trae,  
Y antes que á mi cantar dado fin haya,  
Muere mi voz, mi inspiracion desmaya.

Aspero por demas es el camino  
Que voy siguiendo con fatiga suma  
De mi mente al impulso peregrino  
Y al sesgo giro de mi dócil pluma:  
Aspero, sí, porque el favor divino  
Se retira de mí; mi frente abruma  
Con grandeza sin par y peso ingrato  
El alto asunto que con fé relato.

Oh! qué florida, luminosa y bella  
La senda por do triste voy seria  
Para el feliz mortal en quien destella  
Vívida luz de celestial poesía!  
Cada grano de polvo do su huella  
Pusiese en una flor se trocaría,  
Y el ángel de los místicos amores  
Coronara su sien con esas flores.

Y no que yo, cansado caminante,  
Abrojos solo y amarguras hallo,  
Y ni una flor encuentro por delante  
De aroma seductor y esbelto tallo:  
Si sigo en mi cantar, por arrogante  
Peco, y tambien si por cobarde callo;  
En tal empeño me metí atrevido,  
Y solo salir de él humilde pido.

No de otro modo el náuta que á los mares  
Fió su vida por cobrar riqueza,  
Sin atender del viento á los azares  
Ni del crespo Neptuno á la braveza,  
Al ver que ya las nubes á millares  
Cubren el cielo y la borrasca empieza,  
El fruto diera de fatigas tantas  
Por una peña en que poner sus plantas.

Pero, gracias á Dios, cercano veo  
El término feliz de mi jornada;  
Respondió la esperanza á mi deseo;  
Pronto mi empresa quedará acabada:  
Es tema en que hallarán mas digno empleo  
Otros vates de lira mas preciada,  
Que yo al llegar á do llegar queria  
Hecha pedazos dejaré la mia.

Hecha pedazos quedará, y en tanto,  
Yo, de mi atrevimiento arrepentido,  
Amargas ondas de continuo llanto  
Verteré por el tiempo que he perdido:  
Mi flaca inspiracion, mi rudo canto  
Dignos de tanta escelsitud no han sido:  
El desengaño me rindió cobarde;  
Volver atras quisiera; pero es tarde.

Es tarde y tengo que seguir: Dios quiera  
Que pronto al fin de mi trabajo llegue,  
Sin que la voz en mi garganta muera  
Ni mi aturdido entendimiento ciegue,  
Y al espirar la vibracion postrera  
Del postrer són que á mi auditorio entregue,  
El mundo dé (de corazon lo pido)  
Mi persona y mis cantos al olvido.

Tratemos, musa, de inquirir ahora,  
Ya que te dió la digresion reposo,  
Por qué Juan Diego en su cabaña mora  
Sin cuidar de Zumárraga que ansioso  
Lo esperaba; por qué sin trégua llora,  
Y el alma triste, el corazon medroso,  
En honda y singular melancolía  
Lo ve la noche y lo contempla el dia.

En pobre lecho do la vista en vano  
Comodidad ni adornos requiriera  
Postrado yace moribundo anciano  
Y el pronto fin de su existencia espera:  
Y allí Juan Diego, de dolor tirano  
Presa, junto á la humilde cabecera,  
Con ojo triste y cariñoso espía  
Cómo va progresando la agonía.

Espectáculo aquel triste y sombrío  
Que de amargura el corazón llenaba  
Era: el anciano cuyo cuerpo frío  
Próximo en tierra á convertirse estaba,  
Era del pobre macehual un tío,  
Labrador como él, que se llamaba  
Juan Bernardino, y que al celeste gremio  
Iba á gozar de su virtud el premio.

El indio apenas tramontado había  
El Tepeyac, donde por vez postrera  
Gozó de la presencia de María  
Y oyó su amante voz, cayó en la artera  
Red que el astuto génio le tendía  
De la duda infernal, y cual somera  
Huella que borra el viento, fué borrado  
De su memoria todo lo pasado.

La triple aparición, la prometida  
Señal que su mensaje acreditase,  
Del prelado la fé tan encendida  
De la esperanza en la suprema base,  
Todo pasó como en veloz huida  
De su memoria, sin que allí quedase  
El mas leve recuerdo ó pensamiento  
Sobre el pasado celestial portento.

Así dió fin á su maligna trama  
El génio tentador, y presuroso  
Bajó al infierno, do Satan lo ama  
Porque escede en maligno y poderoso  
A todos cuantos ángeles de llama  
Habitan el recinto tenebroso,  
Y ciegos en su eterna rebeldía  
A Dios se oponen con tenaz porfia.

El indio á Tolpetlac volvió pensando  
Dedicarse á su amiga sementera,  
Porque gran copia, su labor pagando,  
De amarillas mazorcas le rindiera,  
Sin perderla de vista sino cuando  
Del deber religioso la severa  
Voz lo llamase á México, do nada  
Tenia entonces su atención trabada.

Mas ya de la Divina Prouidencia  
En el libro inmortal estaba escrito  
Que del génio maléfico la ciencia  
Para engendrar la duda y el delito  
De Dios se estrellaría en la clemencia  
Y en su amor á los hombres infinito,  
Que á México muy pronto volvería  
Juan Diego y por el cerro pasaría.

Porque volvió á su hogar, y halló de duelo  
Cuanto esperó de paz y de ventura:  
Su esposa con amargo desconsuelo  
A recibirle ansiosa se apresura;  
Mas no para mostrar su amante anhelo  
Ni para darle pruebas de ternura;  
Sino para decirle el accidente  
Acontecido á su infeliz pariente.

Juan Bernardino en miserable lecho  
Con la fiebre ardorosa que quebranta  
Su gastado vigor, del ronco pecho  
Apenas puede á la árida garganta  
La débil voz echar; ya corto trecho  
La muerte, que lijera se adelanta,  
Tiene que andar para llegar á punto  
De mover su segur contra un difunto.

Juan Diego en su aficcion hallar procura  
Pronto remedio al mal: de breña en breña  
Corre, y las plantas por buscar se apura  
Cuya virtud la tradicion le enseña:  
Aplicalas activo, mas la cura  
Que espera en vano en obtener se empeña,  
Que la fiebre se aumenta; ante ella cede  
La vida y solo Dios salvarla puede.

Entonces, de su trance apercebido  
Y de que era evitarlo empeño vano,  
De su sobrino pronunció al oido  
estas palabras el devoto anciano:  
“Hijo, voy á morir; solo te pido  
Que me dejes morir como cristiano:  
Deja mi cuerpo miserable en calma;  
La que requiere auxilios es mi alma.

“Parte á México, y pide en nombre mio  
Los últimos socorros celestiales  
Que dá la Iglesia con afecto pio  
En el trance de muerte á los mortales:  
Parte veloz, que me abandona el brio  
Y se van mis espíritus vitales;  
Dios de su siervo la mansion visite  
Y al trance extremo los horrores quite.”

Obediente Juan Diego del anciano  
Al mandato postrero, la cabaña  
Dejó á la hora en que el verdor lozano  
Del campo el sol amaneciendo baña,  
Y atras dejando el ondulado llano  
Llegó al fin á dar vista á la montaña  
Que vió tres veces en su duro suelo  
A la divina Emperatriz del cielo.

Y mientras mas distante y luminosa  
La parda mole del vecino cerro  
Se destacaba abrupta y poderosa  
Sobre el azul, de su memoria el yerro  
Sentia el indio en ansiedad dudosa  
Desvanecerse, y como del encierro  
De estrecha jaula si se escapa un ave,  
Ebria de libertad volar no sabe,

Hasta que en fuerza del primer ensayo  
El remo poderoso desentume,  
Y recobrada del primer desmayo,  
Sin que ya su vigor del aire abruma  
La masa apenas, cual viviente rayo  
En el seno recóndito se sume  
Del celaje, y en són no interrumpido  
Lamenta el tiempo en su prision perdido;

Así Juan Diego en su interior sentia  
En el fondo bullir de su memoria  
Un oculto recuerdo que envolvía  
Involuntario error, perdida gloria:  
Las torpes álas su razon batía  
Por recordar la milagrosa historia  
De que aquel alto cerro fué testigo,  
Y que borró maléfico enemigo.

Por fin de la diabólica influencia  
Fué se sintiendo libre; lo pasado  
Recordó claramente; en la presencia  
Sintiéndose de Dios, tembló azorado  
Al ver por cuán estraña inadvertencia  
De la suprema vírgen al-mandado.  
Faltó, que en sí reconocer no pudo  
Del enemigo el detestable nudo.

Saltó su corazon como medrosa  
Res por hambrientos canes perseguida,  
De llanto abrasador fuente copiosa  
Por sus ojos halló doble salida.  
“¿Cómo podré ponerme ante esa hermosa  
Señora, dijo, contra mí ofendida,  
Sin que su lengua airada me conmine  
Y la luz de sus ojos me fulmine?”

“¿Cómo podré con mi cobarde aliento,  
Sin que falte la sangre de mis venas,  
Resistir sus enojos un momento  
Si su amor pude resistir apenas?”  
Así pensó y á su vergüenza atento,  
Al crujir so su planta las arenas,  
El sonido escuchar le parecía  
De la voz irritada de María.

Y calculando en su grosera mente  
Evitar el encuentro peligroso  
De la Madre de Dios, de la vertiente  
Abandonó el camino tortuoso,  
Y otro siguió que sintiósamente  
La vuelta daba del peñon siseoso,  
Mientras los ojos á la tierra inclina  
Por no encontrar la aparicion divina;

Pero fué en balde su inocente anhelo:  
Atras la cumbre del peñon dejaba,  
Y á su alma el equívoco consuelo  
De haber salvado el trance recreaba,  
Cuando el mortal asombro como un hielo  
Le invadió el corazon, que ante él estaba,  
Amable como siempre, bella y pia,  
Entre luces y arcángeles, María.

¿Quién pintará la confusion que al punto  
Se apoderó del alma de Juan Diego?  
Sintió brotar en singular conjunto  
Nieve su corazon, su frente fuego,  
Y no encontrando para hablar asunto  
Arrojóse por tierra desde luego,  
Y de sus ojos la salobre vena  
Vapor alzó de la caliente arena.

Mas la Virgen con plácido semblante,  
Hácia él tendiendo la benigna mano:  
“Alzate, dijo; tu candor bastante  
Es para disculpar tu yerro insano.  
El mortal á quien juzgas espirante  
Ya Juan, por mi presencia y de mi mano  
La salud recibió, que en él se encierra  
Mi primer beneficio en esta tierra.

“Tranquilízate, pues. A darte voy  
La milagrosa prenda que pidieron,  
Porque no se me opongan desde hoy  
Los que engaño en tu dicho supusieron,  
Y sepan todos que la Madre soy  
Del solo Dios la que tus ojos vieron  
Y la que ven, que por humilde has sido  
Sobre sábios y fuertes elegido.

“Sube á ese cerro, y en su estéril cima  
Muchedumbre hallarás de rosas bellas.  
Traémelas.” El indio á quien anima  
Místico gozo se lanzó por ellas.  
Ni el áspero peñon su pié lastima,  
Ni apenas queda estampa de sus huellas  
Que el tiempo guarde ó el olvido borre:  
Tal es la lijereza con que corre.

Llegó por fin. ¡O pasmo! ¡O maravilla!  
Del cerro desigual la cumbre yerta,  
Region do nunca primavera brilla,  
Horrible, estéril, árida y desierta,  
Está no ya desnuda y amarilla;  
Mas de rosas bellisimas cubierta,  
Rosas en medio de Diciembre frío  
Bañadas del Eden con el rocío.

Flores divinas de fragancia eterna,  
Pues no hay edad que su perfume gaste;  
Flores de amor cuya corola tierna  
No hay huracan que á deshojarla baste:  
Flores que aquel que todo lo gobierna  
Con el invierno para hacer contraste  
Permitió que brotasen en un día  
Bajo el divino aliento de María.

El indio con sus manos temblorosas  
Despues de haber besado aquella tierra,  
La multitud de celestiales rosas  
Postrado coje y en su tilma encierra:  
Torna luego á bajar por la escabrosa  
Falda, y al pié llegando de la sierra,  
Su fragante tesoro deposita  
Ante la Virgen que á llegar lo invita.

Ella cogiendo las divinas flores  
En su benígna mano nuevamente  
Las coloca en la tilma, y “no demores  
Dice al indio, tu marcha diligente:  
Anda y esta señal de mis favores  
Preséntale al prelado; que obediente  
Un templo en este monte me construya  
Por mi favor y por la dicha tuya.”

El indio alzó la vista. Solo estaba.  
La Virgen ya desaparecido habia,  
Cual la niebla que el cerro circundaba  
Deshecha ya por el calor del dia.  
Su camino siguió. Su alma flotaba  
En mares de purísima alegría.  
Nueva luz alumbró su inteligencia,  
Que en él estaba de la fé la ciencia.

¡Qué rica de color es la mañana,  
Qué apacible el ambiente y qué suave,  
Qué fragante la flor y qué lozana,  
Qué dulcemente trinadora el ave,  
Qué fresca, limpia y dulce la liviana  
Fuente que corre con murmullo grave,  
Cuando el alma se espacia en su ventura  
Inocente, feliz, amante y pura!

¿Qué reyes de la tierra aprisionados  
En soberbios alcázares, objeto  
Para los otros hombres humillados  
De ciega servidumbre y de respeto,  
Qué opulentos del orbe encadenados  
De su inquietud por el fatal secreto,  
Pueden gozar ante la turba esclava  
Lo que Juan Diego á la sazón gozaba?

Gozaba tanto que la tierra era  
Para él anticipado paraíso,  
Sin que nadie á su dicha osar pudiera,  
Que el mismo Dios santificarla quiso:  
Fue su planta en moverse tan ligera  
Por llevar la señal y el fausto aviso,  
Que sintió apenas la distancia andada  
Al llegar del obispo á la morada.

Llegó y la servidumbre que á Juan Diego  
Por impostor ó iluso conocía,  
En torno suyo acumulóse luego  
Alarde haciendo de su lengua impía;  
Mientras ardiendo de impaciencia en fuego  
El hablar con Zumárraga pedía,  
Los ojos de la turba escrutadores  
Fijáronse en la tilma y en las flores.

Las codiciosas manos estendieron  
Para cojer las rosas; pero ellas  
Pintadas en la tilma aparecieron  
Con tan rara verdad, formas tan bellas,  
Que los ojos atónitos creyeron  
Ver en la tela rústica las huellas  
De una deidad, que no pudo ser parte  
A tanta perfección humano arte.

Así los familiares, del cuitado  
A hacer objeto de irrisión dispuestos,  
A vista del prodigio no pensado  
Tornáronse mas graves y modestos:  
Concedieron al indio hasta el prelado  
Franca entrada, y volvieron á sus puestos  
Pensando cada cual en si sería  
Víctima de infernal hechicería.

Juan Diego de Zumárraga la planta  
Reverente besó, de regocijo  
Colmado en fuerza de ventura tanta,  
Y “aquí os presento la señal, le dijo,  
Que la misma Señora con su santa  
Mano me dió, porque patente y fijo  
A los mortales el milagro sea  
Y nadie dolo en lo que digo vea.”

Así diciendo el indio, la cerrada  
Tilma despliega: so el monton de flores,  
Cual por pincel angélico estampada  
Que del centro del sol tomó colores,  
Apareció la imagen venerada  
De la madre de Dios; los moradores  
Del Empíreo, con cantos celestiales,  
Celebraron el bien de los mortales.

¿Quién puede ya dudar? La suelta fama  
Dice veloz la portentosa nueva,  
Y por cien y cien bocas la derrama  
Y al otro lado de la mar la lleva:  
Santo gozo los ánimos inflama  
Por el favor de la divina prueba,  
Y el demonio en rabioso parasismo  
Plegó las alas y cayó al abismo.

La Fé de los mortales salvadora  
Con la luz de su antorcha el mundo llena;  
De donde muere el sol á do la aurora  
Nace, su voz infatigable suena,  
Y así cual de los cielos la Señora  
En su feliz aparicion ordena,  
Para erigir un templo suntüoso  
Su falda presta el Tepeyac riscoso.

Terminé. ¡Gloria á Dios! ¡Gloria y loores  
A la Madre de Dios! Ella su imagen  
Nos dió cubierta de divinas flores  
Que es imposible que los vientos ajenos  
Nidel verano agosten los ardores,  
Ni destruya el invierno. . . . No rebajen  
Del Empíreo los ecos de mi voz que desfallece  
A la que tanta adoracion merece.

Levántate, Anahuac, tierra hechicera,  
Do siempre el fruto con la flor se liga,  
Morada de la eterna primavera,  
Del sol esposa y de la mar amiga;  
Levántate: al abismo y á la esfera  
Tu voz elogios de la Virgen diga,  
Y las naciones con celoso espanto  
Sientan que no por todas hizo tanto.

FIN.



THE  
•  
B

